

LA FRAGUA

en la vida cotidiana

PATRIS MEI
"SEÑOR,
ENSÉÑANOS A ORAR"

8

Tiempo Ordinario
IV

EL CARÁCTER DE LA ETAPA

La experiencia del fuego, en la simbología de la fragua, alude a la experiencia del amor de Dios, mediada maternalmente por el Corazón de María, y también a la acción del Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad.

El fuego calienta, purifica, ablanda, ilumina. El Fundador se sirve a menudo de este símbolo para hablar del amor y del celo del misionero. Los “hombres de Dios” tienen el rostro resplandeciente por el fuego, como Moisés.

Este núcleo expresa la relación de Claret con Dios Padre. Condensa la experiencia del amor de Dios que calienta el hierro frío y lo dispone para recibir la forma. Se trata de estar “en las cosas que miran al servicio de mi Padre” (Lc 2,49).

- 1** La búsqueda de Dios
(*Adviento*)
- 2** El amor de Dios se ha hecho carne
(*Navidad*)
- 3** El Dios del Reino
(*Tiempo Ordinario I*)
- 4** La paternidad de Dios y nuestra filiación
(*Cuaresma*)
- 5** El Dios de la vida
(*Pascua*)
- 6** La palabra de Dios como fuente de vida
(*Tiempo Ordinario II*)
- 7** Creo en ti, Señor
(*Tiempo Ordinario III*)
- 8** La oración como encuentro con Dios
(*Tiempo Ordinario IV*)
- 9** La experiencia claretiana de Dios
(*Tiempo Ordinario V*)

Ayudar a las personas, comunidades y organismos a tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero siguiendo la metodología de la Fragua.

OBJETIVOS DE LA ETAPA “PATRIS MEI”

- Pasar de actitudes superficiales a actitudes profundas.
- Crecer en la experiencia del amor de Dios como fundamento de nuestra vida misionera.
- Trabajar la cuestión de las imágenes de Dios que sustentan nuestras conductas y la experiencia del Dios de Jesús como experiencia radical de gracia.
- Desarrollar, teórica y prácticamente, la experiencia de la oración.
- Profundizar en la dimensión claretiana de la experiencia de Dios como Padre.

QUID PRODEST - 2011

PATRIS MEI - 2012

CARITAS CHRISTI - 2013

SPIRITUS DOMINI – 2014

1. Introducción

Octubre, además de ser un mes muy misionero, es también muy claretiano. A lo largo de sus 31 días, el calendario litúrgico aparece jalonado por una sucesión de santos de primera línea.

Tienen en común, entre otras cosas, que han sabido soldar acción y contemplación: Teresa del Niño Jesús, Francisco de Asís, Ignacio de Antioquía, Teresa de Ávila, Lc evangelista... y, por supuesto, nuestro P. Claret, cuya fiesta celebraremos convenientemente. Junto con ellos, también recordamos en este mes a insignes hermanos nuestros, mártires en su mayoría, que sellaron su testimonio misionero con su heroica entrega a Dios.

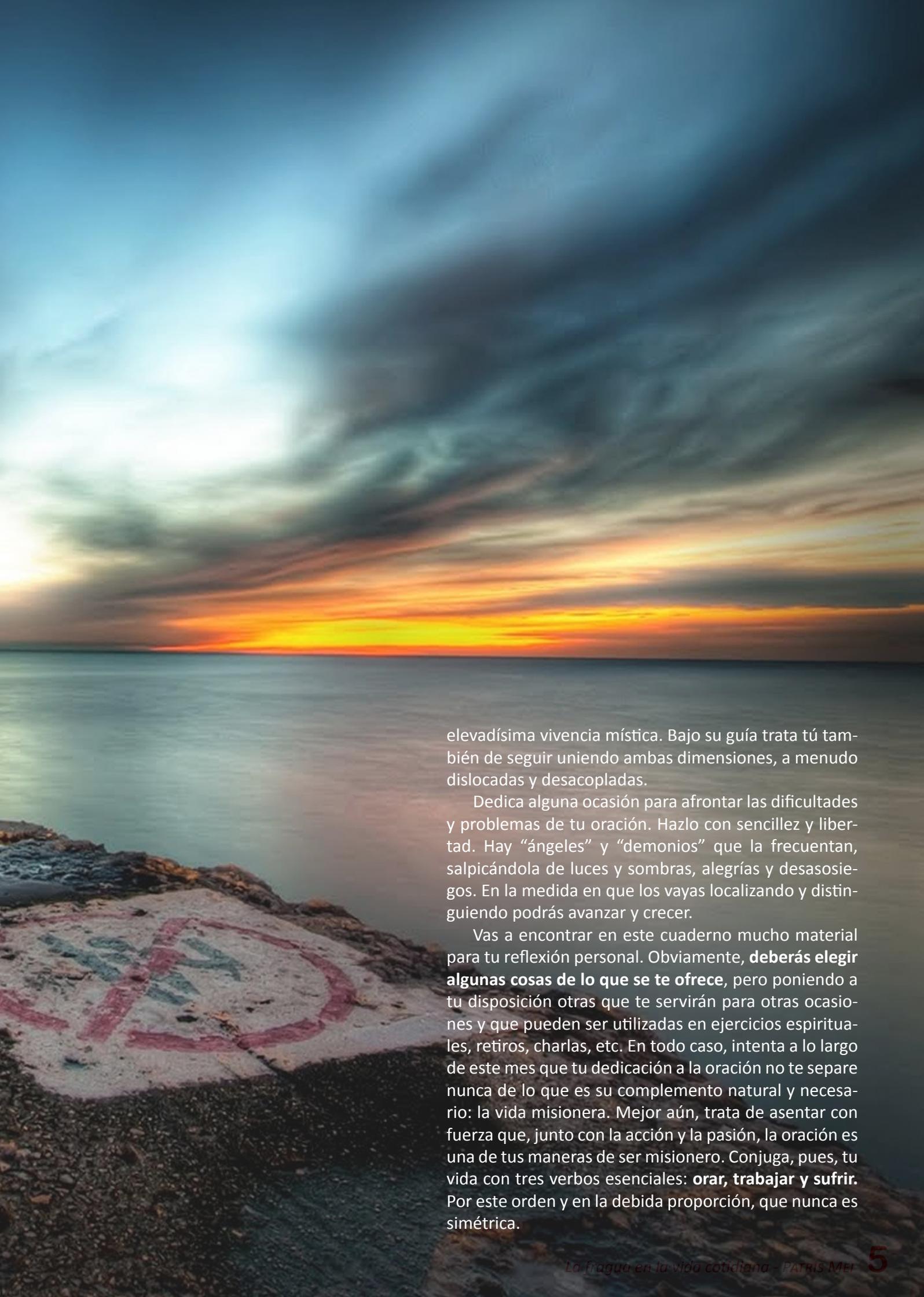


Estas circunstancias, conexas y providenciales, te ayudarán a vivir este mes desde la perspectiva del *Patris Mei*. Se te presenta por delante un tiempo denso en el que puedes experimentar un renovado deseo de seguir creciendo en la dimensión de profundidad. Tal deseo te ayudará sin duda a ser fiel a la oración y a profundizar, de manera que te aproximes al centro, a ese lugar íntimo donde encuentras a Dios.

Este cuaderno está dedicado por entero a la **oración**. En él encontrarás un recordatorio práctico sobre ella junto con diversas sugerencias para evaluar, discernir, orientar y espolear tu oración.

Jesús es y debe ser el único Maestro de oración. Y nadie más. De Él debemos copiar todos, sea cual sea nuestra condición, temperamento, edad, nacionalidad, estudios,... Al hacerlo, no se destruye tu modo especial de ser, sino que lo elevas y plenificas. Habrás, pues, de tener fijos los ojos en Él y el oído abierto a sus palabras. María será, siempre, compañera de nuestro camino.

En el P. Claret admirarás de nuevo al experto *contemplativo en la misión*. Porque tuvo siempre su mirada clavada en Jesús, nuestro Fundador supo conectar con palpable acierto su intensa vida apostólica con una



elevadísima vivencia mística. Bajo su guía trata tú también de seguir uniendo ambas dimensiones, a menudo dislocadas y desacopladas.

Dedica alguna ocasión para afrontar las dificultades y problemas de tu oración. Hazlo con sencillez y libertad. Hay “ángeles” y “demonios” que la frecuentan, salpicándola de luces y sombras, alegrías y desasosiegos. En la medida en que los vayas localizando y distinguiendo podrás avanzar y crecer.

Vas a encontrar en este cuaderno mucho material para tu reflexión personal. Obviamente, **deberás elegir algunas cosas de lo que se te ofrece**, pero poniendo a tu disposición otras que te servirán para otras ocasiones y que pueden ser utilizadas en ejercicios espirituales, retiros, charlas, etc. En todo caso, intenta a lo largo de este mes que tu dedicación a la oración no te separe nunca de lo que es su complemento natural y necesario: la vida misionera. Mejor aún, trata de asentar con fuerza que, junto con la acción y la pasión, la oración es una de tus maneras de ser misionero. Conjuga, pues, tu vida con tres verbos esenciales: **orar, trabajar y sufrir**. Por este orden y en la debida proporción, que nunca es simétrica.

Ejercicio 1: Tu oración personal

- Describe con 7 adjetivos el estado actual de tu oración personal. Si puedes, ordena esos adjetivos según la importancia que te parezcan tener.
- Explica en breves líneas alguna de las causas por las que tu oración se encuentra así. Te servirá para el diálogo con tu acompañante personal.

2. Reflexión

Idea mínima sobre la oración

En una entrevista para la revista italiana *Oggi* en marzo de 1990, el gran actor de teatro y cine genovés, Vittorio Gasmann, declaraba que, a sus 68 años, había superado una fuerte depresión que le había inutilizado durante un periodo de dos años:

– “La prueba ha sido verdaderamente dura. Pero he descubierto también muchas cosas. He hecho un viaje explicativo del mundo y de mí mismo. – ¿Qué ha aprendido? –inquiría el entrevistador.

– A rezar. ¿Le parece poco? Yo en asunto de religión he estado siempre inseguro, muy tibio. Ni carne, ni pescado. Ni ateo, ni verdadero creyente. Ahora, en cambio, me estoy planteando los problemas de la fe en toda su amplitud. Leo a Dante y estudio la teología de su tiempo. Noto una gran necesidad de aportaciones espirituales. Encuentro luz en la oración. Piense en un hombre como yo, acostumbrado a los grandes éxitos, que se reencontra en el recitar esa obra maestra de simplicidad que es el Padrenuestro.

La anécdota no pretende mostrar que las cosas sucedan así sin más, sino que pueden llegar a suceder. Y lo mejor que te puede suceder es que robustezcas tu convencimiento y tu aplicación a la oración. A pesar de las mil dificultades y experiencias desfavorables que encontrarás, es la actividad esencial e insustituible para la relación con Dios. Pero como toda relación humana, la oración tiene unas características que reflejan su dimensión de profundidad. Pueden formularse en forma de proposiciones.

- **Primera: La oración es, además de esencial, también muy problemática.**

Negar las dificultades de la oración sería un mal camino para garantizar su importancia. La oración es, ante todo, «buscar a Dios». Mucho más que relacionarse inmediatamente con Él, o «tratar de amistad con Dios», u otras fórmulas parecidas. Entender esto te hará más cuidadoso y realista ante las demasiadas pretensiones sobre el haber hallado a Dios y haber hablado con Él. Dios te conoce a fondo y se te da, pero tú no dispones de Él según tu gusto y deseos: a veces, cuando se da, no lo sientes, y viceversa. Y en medio de su entrega y de tu mayor o menor percepción de Él, Dios seguirá siendo el «Más Grande» y el Misterio absoluto.

- **Segunda: No intentes nunca manipular a Dios.**

Es verdad y es posible que Dios sea nuestro «interlocutor». Pero, siendo verdadero y posible, puede inducirte fácilmente a crearte muchos ídolos y hacerte un «Dios a la carta». Deja a Dios ser Dios. No trates de manipularlo. Alguien, hablando de la actual afición por los animales domésticos, afirmó que «el mejor amigo del hombre es... el que no habla» (esto es, el perro). Cuida de no hacer que el silencio y la ausencia aparente de Dios se conviertan en ocasión para inventarte y atribuirle a Él sólo lo que te conviene. Dios es insobornable. No lo olvides, aunque también sea verdad aquello de



que toda oración cabal es «la fuerza del orante y la debilidad de Dios».

- **Tercera: No siempre sabrás si has hecho en realidad oración.**

Ésta es una de las grandes verdades que debes reconocer humildemente. Acostúmbrate a no saber entender del todo qué te está pasando mientras oras. Deja, pues, de analizarte y de hacer meticulosos balances de tu oración. Puede haber en ello mucho egocentrismo escondido. El examen de la conciencia, como veremos, va por otros derroteros. De ahí que la Iglesia sienta casi siempre una cierta desconfianza ante la oración emotiva o inmediateista de los iluminados de todas las épocas. Esas cautelas y recelos, unas veces más prohibitivos y otras más pedagógicos, tratan de evitar el exhibicionismo y la manipulación, tentaciones frecuentes de los orantes.

- **Cuarta: No hay verdadera oración sin humildad.**

W.M. Becket, carmelita inglesa, define acertadamente la oración como «el único lugar en el mundo donde no hay sitio para esconderse». Así es. Y añade que la oración consiste en colocarnos indefensos delante de Dios. ¿Qué hará Dios entonces?: Venir y

encontrarse con nosotros. Y que haga esto es la única finalidad de la vida. Esa descripción explica bellamente por qué es tan importante la auténtica oración, a pesar de todas las dificultades descritas más arriba y de los demonios de los que se habla más adelante. Eres lo que eres. Pero sólo desde tu territorio puedes elevar una oración auténtica a Dios. No huyas ni te escondas.

- **Quinta: Lo más importante de la oración es que intentes hacerla.**

Debemos decirlo con claridad: Orar es intentar orar humildemente. El tiempo que le dedicas, aunque te parezca tiempo perdido (porque te has distraído, o no has sentido nada, o no ves avances...), expresa el valor que atribuyes a la búsqueda de Dios. Tu tiempo es como ese «vaso de alabastro» que derrochas por amor al Señor, como hizo María de Betania en la escena evangélica (cf. *Jn 12, 1-8*). Es como si, por el mero hecho de ponerte en oración, estuvieras diciéndole: «Me importas tanto, y tengo tantas ganas de encontrarte y de estar unido a Ti, Dios mío, que doy por bien empleado este tiempo. Aunque no consiga lo que busco, no será tiempo perdido».

“No busques a Dios cuando te apetezca, sino con tenacidad y con un método sencillo que te ayude a orientar tus esfuerzos.

• Sexta: En la oración, procede con orden y sin prisas.

Hay que prevenir la autosuficiencia. El camino de la oración está lleno de inseguridades, ilusiones, tentaciones sutiles, engaños y confusiones. La oración tiene criterios, ciertos principios y «leyes», confirmados por la tradición espiritual de la Iglesia. Y se cumple aquí especialmente el dicho que «nadie es juez de su propia causa». No busques a Dios cuando te apetezca, sino con tenacidad y con un método sencillo que te ayude a orientar tus esfuerzos. Tampoco le busques con prisa, sino con fe. El pragmatismo y el eficacismo tensan y, al desvirtuar su naturaleza gratuita, estropean la oración. Porque Dios es gratuito, pero no superfluo. La prisa y la tensión impiden a veces a muchos ir encontrando a Dios, tanto como pueden impedirlo las pasiones humanas.

• Séptima: Se trata ni más ni menos que de buscar a Dios para escucharle.

Conviene repetirlo otra vez. Se puede definir la oración, de modo humilde y más apto para quienes no volamos tan alto, como un simple «buscar apasionadamente a Dios», a ese Dios que «brilla, en el

sentido más positivo del término, por su ausencia» (*Simone Weil*). A fin de cuentas, toda la vida de fe cristiana es un buscar al Dios que «se escondió y nos ha dejado con gemido»... Y a este buscar a Dios, que define la vida de fe, puedes aplicarle una paráfrasis de los conocidos versos del poeta español *Antonio Machado* sobre la verdad: «¿Tu Dios? No: Dios (a secas). Y ven conmigo a buscarlo. El tuyo guárdatelo».

Terminamos con dos avisos que te animen a proteger inquebrantablemente tu vida de oración:

- Comprueba cómo hacer oración actúa muchas veces como una de esas terapias preventivas que hoy están tan de moda. Muchas crisis estallan tarde porque no «se las vio venir» en la oración. Sobre todo, crisis que afectan a los cuatro grandes capítulos de la vida creyente: crisis de rabia y desesperación, crisis afectivas, de pérdida de la fe o de instalación burguesa. Hoy, que tememos tanto al cáncer y están de moda las diversas ecografías preventivas, podríamos decir que la oración puede actuar como una «pneumatografía»: un análisis cauteloso de tu propio espíritu.

- Si mantienes el empeño constante por orar, se desatará un proceso por el que llegarás a necesitarla y ya no la harás forzado por ningún imperativo. Se habrá convertido en un hábito que temple y facilite tu ritmo vital, como puede ser el ejercicio físico diario o echar una pequeña siesta después de comer. Tu vida espiritual estará entonces mucho más garantizada. Ya sabes que todo hábito se alcanza por repetición de actos. No hay otro modo de implantarlo.

Ejercicio 2: La oración en nuestras Constituciones

1. Dedicar un buen rato a leer despacio y con atención el Capítulo V de la primera parte de las Constituciones sobre la Oración (CC 33-38). Te sugerimos estos pasos:

- Antes de hacerlo, ora pidiendo al Señor que te haga comprender e interiorizar el contenido.
- Al ir leyendo, subraya o colorea los textos más llamativos. No hagas una lectura excesivamente rápida.
- Al terminar, da gracias a Dios y suplica.

2. Te puede ayudar en tu lectura recordar la lógica interna del texto constitucional que brevemente queda recogida:

- N° 33: Fundamento: Imitación de Cristo que ora y enseña a orar.
- N° 34: Espíritu de la oración misionera y sus contenidos.
- N° 35: Nuestra oración eclesial y litúrgica.
- N° 36: Nuestra piedad mariana.
- N° 37: Oración personal del misionero claretiano.
- N° 38: Celebración del sacramento de la reconciliación.

La oración de Jesús

Según el número 33 de las Constituciones hay una conexión necesaria entre nuestra oración y la de Jesús, y entre oración y acción misionera: “Quiénes asumimos la obra misionera de Jesús hemos de imitarle en su oración”. Ello nos invita a contemplar la oración de Jesús y sus enseñanzas sobre ella.

Jesús orante

La profundidad de la oración de Jesús sólo se atisba asomándose a los Evangelios. El evangelista Lc, en particular, privilegia de una manera especial esta perspectiva.

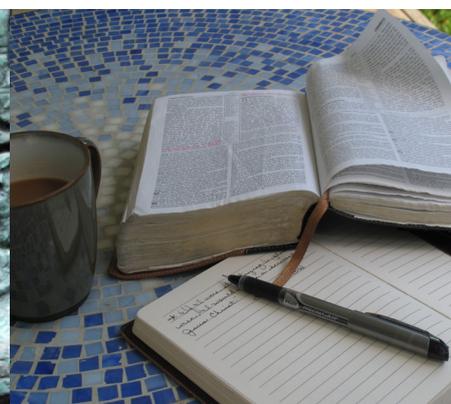
- Lo que definía a Jesús no era su equilibrio, ni su dulzura, ni su bondad, sino su condición de enviado, de misionero. La verdadera fuerza motriz de Jesús fue su entrega total a cumplir la voluntad de Dios. Por eso, como si lo hubiera intuido con aguda profundidad, Lc colocará bajo el signo de la oración las primeras palabras de Jesús: “¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49) y las últimas: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46). Son las palabras postreras de quien, al hacer el balance de su vida, sabe que “todo se ha consumado” (Jn 19,30) tal y como le había sido encargado. Entre aquella aceptación y esta comprobación se desarrolla toda la vida del Señor.

- Lc nos presenta a Jesús orando en momentos decisivos de su vida: a los doce años en el templo (cf. Lc 2,49), en el bautismo (cf. Lc 3, 21-22), duran-

te su ministerio -como algo habitual y constitutivo dentro de él- (cf. Lc 5, 16), antes de la elección de los Doce (cf. Lc 6, 12-13), antes de preguntarles -a ellos, hombres de poca fe- quién era él (cf. Lc 9,18), en la transfiguración (cf. Lc 9, 28-29), después de la misión de los setenta y dos discípulos (cf. Lc 10,21), antes de enseñar a sus discípulos a orar (cf. Lc 11, 1-2), los últimos días antes de su muerte (cf. Lc 21, 36-37), en la última Cena (cf. Lc 22, 17.19), antes de la negación de Simón Pedro, momento de la tentación suprema (cf. Lc 22, 31), en el huerto de los Olivos (cf. Lc 22, 39-42. 45-46), en la cruz (cf. Lc 23, 34.46).

- No hay que olvidar que, según Lc, ya desde adolescente, Jesús participa en la oración de su pueblo. En el templo de Jerusalén, por primera vez, deja entrever la relación existente entre él y el Padre, relación singular y fundante. El hijo de María, que amó a su madre como nadie y se entregó de forma total a sus apóstoles, nunca les cedió el puesto que en su corazón le correspondía al Padre. Jesús convivió tres años con los apóstoles, pero nunca lo vemos sentado a deliberar con ellos; jamás les consulta sus grandes decisiones. Las ora con su Abbá. Durante toda su vida escrutará la voluntad de Dios, como quien consulta un mapa de viaje, y subirá hacia ella, empinada y dolorosamente. Ello explica una de las características de su oración: la soledad. En el silencio y en la noche se encontrará con su Padre en una soledad que sólo puede ser definida como sagrada.

- La oración para Lc es, de forma especial, «el lugar de la revelación», de la comunicación de la



Palabra y del Espíritu de Dios. Es la actualización consciente de su comunión con el Padre. En la oración se le revela a Jesús la voluntad de Dios y recibe la fuerza del Espíritu para llevarla adelante. Llegará a decir: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado” (Jn 4,34). Advierte que no dice “mi obligación” sino “mi alimento”. Lejos de ser una exigencia fastidiosa, el discernimiento y la puesta en práctica de la voluntad de Dios fue para Jesús fuente de energía y de vida: un alimento. Ella le lleva al gozo, acción del Espíritu. Según Lc 10,21, fue la alegría del Espíritu la que invadió a Jesús y le sugirió la oración que dirigió al Padre. También María, sobre la que descendió el Espíritu (cf. Lc 1,35) entonó su «Magnificat» (cf. Lc 1, 47 ss).

Jesús, maestro de oración

Jesús no solo oraba, sino que enseñaba a hacerlo. Las enseñanzas de Jesús sobre la oración tenían hondos presupuestos en su vida y Lc los presenta en tres momentos: Jesús ora al Padre; su testimonio orante es contemplado por sus discípulos que se sienten seducidos; finalmente, ellos mismos acuden a pedirle que les enseñe a orar:

«Estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11,1).

Al ver cómo oraba, los discípulos se cuestionaron qué hacer para participar también ellos en la oración de Jesús. Se cuestionaban si eran válidos los métodos tradicionales, el estilo de oración de Juan y sus discípulos, o si era necesario otro tipo de oración. La pregunta que el discípulo formuló a Jesús le pedía al Maestro que manifestara cuáles debían ser las características fundamentales de la oración.

Precisamente Claret señala a Jesús como único maestro de oración: “No sólo es maestro, sino modelo y ejemplar, pues antes hacía lo que después enseñaba. Y el eterno Padre dice a cada uno de nosotros: “Mira y haz según el ejemplar que se te ha mostrado”. Se ha de portar el que medita como el que aprende a dibujar o a escribir, que da una mirada al original y luego va copiando en el papel. Así dará una mirada al original que es Jesucristo e irá copiando sus virtudes” (El Colegial Instruido I, Barcelona 1860, 59).

Jesús no propuso a sus discípulos ninguna nueva técnica de oración. Les enseñó el Padrenuestro, la oración de los hijos. Con ello les reveló que para Dios ellos eran como hijos bienamados. La clave determinante de esa oración era dirigirse a Dios como «Abbá». Orar es establecer una relación afectiva de hijo a Padre. Pero esta forma de dirigirse a Dios no es tan evidente como se pudiera suponer. Hacía falta que Jesús nos abriera el camino.

En el Padre nuestro, la relación filial del discípulo con Dios Padre ha de expresar deseos y

“

Solo el amor, concebido como entrega, como salida de sí hacia el otro, como capacidad de dar, consigue vencer la soledad.”

peticiones: deseos de que el nombre del Abbá sea glorificado, santificado, de que venga su Reino y de que se cumpla su voluntad.

• **“Que Dios sea Abbá”.** Lo primero es saber a quién rezamos. La palabra “Padre” es imprescindible para dar el sentido correcto a la oración entera. No es lo mismo referirse a un Padre que a un tirano oriental. Esa es una de las palabras totales que se empequeñecen si se les añade un adjetivo explicativo. Decir “padre bueno” es mucho menos que decir sencillamente “padre”. Decir “padre amoroso” es usar un pleonismo estéril y retórico. Él es nuestro Abbá del todo y con todas las consecuencias.

• **“Que sea nuestro Abbá”.** Esto es, que seamos hermanos. El Padrenuestro es la oración que destierra el individualismo. Rezamos en plural el Padrenuestro, incluso cuando estamos solos. Quien llama a Dios Padre, está descubriendo en ese momento que tiene un montón de hermanos. Hay seis mil millones y medio de seres humanos en la tierra. Pero no hay uno solo con el que yo no esté en comunión cuando digo: “Padre nuestro. “Nuestro”: no “mío”, ni de mi tribu, ni de mi nación. “Nuestro”: de los niños de Sierra Leona, de los mil millones de chinos y del vecino antipático del piso de arriba.

• **“Que sea santificado su nombre”.** Hemos recibido el nombre de Dios y somos capaces de profanarlo o de santificarlo. Un cristiano, esté donde

esté, será siempre un testimonio a favor o en contra de su Dios. Si nos unimos a la obra con que Cristo santificó el nombre de su Padre, podemos santificarlo derribando sus ídolos, borrando de nuestro corazón los becerros de oro, quitando de los labios y del corazón todas falsas visiones de Dios de las que tanto usamos y abusamos.

- **“Que venga a nosotros su Reino”.** C. Blumhardt solía observar que en el Padrenuestro no pedimos “llévanos a tu Reino” sino “venga tu Reino”. La oración dominical nos exige permanecer fieles a la tierra. El Reino de Dios está viniendo a nosotros. Pero con un doble juego: El Reino, según Jesús, ya está dentro de nosotros... y ese Reino no es de este mundo. En realidad ese Reino es Cristo en persona. Cuando alguien pide su venida, ya le está haciendo sitio para que entre en él.

- **“Que se cumpla su voluntad”.** Es el más arriesgado y difícil de los deseos del Padrenuestro. En rigor, nada desea tanto el ser humano como hacer su propia voluntad, y nada teme tanto como que alguien le imponga la suya. Por eso, orar como enseña Jesús no es un truco para convencer a Dios y que nos conceda lo que deseamos, sino un esfuerzo para conseguir asimilarnos a lo que Él desea, que siempre es nuestro bien. Dios manifiesta su voluntad a través de los acontecimientos. Por eso, necesitamos practicar asiduamente el discernimiento... tener un tacto divino para las cosas de Dios.

Y ha de pedirle al Padre que colme las tres grandes necesidades existenciales de quien espera el Reino:

- **“Tenemos hambre”**, dice la primera petición. Por ello pedimos el alimento de cada día, necesario siempre, pues los discípulos seguían a Jesús liberados y despreocupados de todo, hasta del alimento;

- **“Somos pecadores”**, recuerda la segunda petición. Se suplica así el perdón de los pecados. Esta súplica está conectada a nuestra capacidad de perdonar a los demás: «podemos perdonar a los demás porque hemos sido perdonados. Y porque sabemos perdonar, podemos pedir el perdón definitivo»; por eso, el discípulo de Jesús ha de orar incluso por sus enemigos (cf. *Lc 6,28*);

- **“La tentación nos rodea”**, advierte esta otra petición. Imploramos ser preservados de la tentación de abandonar el seguimiento de Jesús, de volver a caer en el pecado del pasado, de perder la fe, de huir de la comunidad. Necesitamos, además, orar ante las tribulaciones de los últimos tiempos y en los momentos de la gran tentación (cf. *Lc 22, 40.46*).

En su enseñanza sobre la oración, sirviéndose de la parábola del amigo inoportuno (cf. *Lc 11,5-8*) o de la viuda (cf. *Lc 18,1-8*) o del publicano (cf. *Lc 18,9-14*), Jesús quiere enseñar que Dios Padre escucha las súplicas del hombre y lo ayuda en sus situaciones de dificultad. Merece la pena orar a Dios repetidamente, sin desfallecer. Así como un padre no le niega a su hijo lo que éste le pide lleno de confianza y nunca le daría nada nocivo (una serpiente) en lugar de una cosa buena, así el Padre hará siempre el bien a sus hijos (cf. *Lc 11,13*).

Para Jesús la oración no debe ser algo meramente ocasional. Inculcaba a sus discípulos «que era preciso orar siempre sin desfallecer» (cf. *Lc 18,1*). Es necesario orar incesantemente para poder resistir la presencia del Hijo del hombre cuando vuelva (cf. *Lc 18,1-8; 21,36*), para no caer en tentación y no perder la fe (cf. *Lc 22,31-46*). Con la pasión de Jesús se inició la pasión de sus discípulos. Las persecuciones, las asechanzas, las tentaciones continúan: hay que estar atentos, vigilantes, hay que orar sin intermisión para no ceder. Pero no hay que orar con autosuficiencia; como hacía el fariseo de la parábola, sino con humildad: «un corazón contrito y humillado, Tú no lo desprecias» (*Sal 50*).

Ejercicio 3: El Padrenuestro

Al repasar la oración de Jesús, y como práctica de profundización, te recomendamos que leas la segunda sección de la Cuarta parte del "Catecismo de la Iglesia Católica" (nn. 2.759 – 2.865). Ahí se ofrece una síntesis espléndida y autorizada sobre la oración del Padrenuestro. Te adelantamos el esquema que presenta.

SEGUNDA SECCIÓN LA ORACIÓN DEL SEÑOR: "PADRE NUESTRO"

Artículo 1 "RESUMEN DE TODO EL EVANGELIO"

- I Corazón de las Sagradas Escrituras
- II "La oración del Señor"
- III Oración de la Iglesia
- RESUMEN

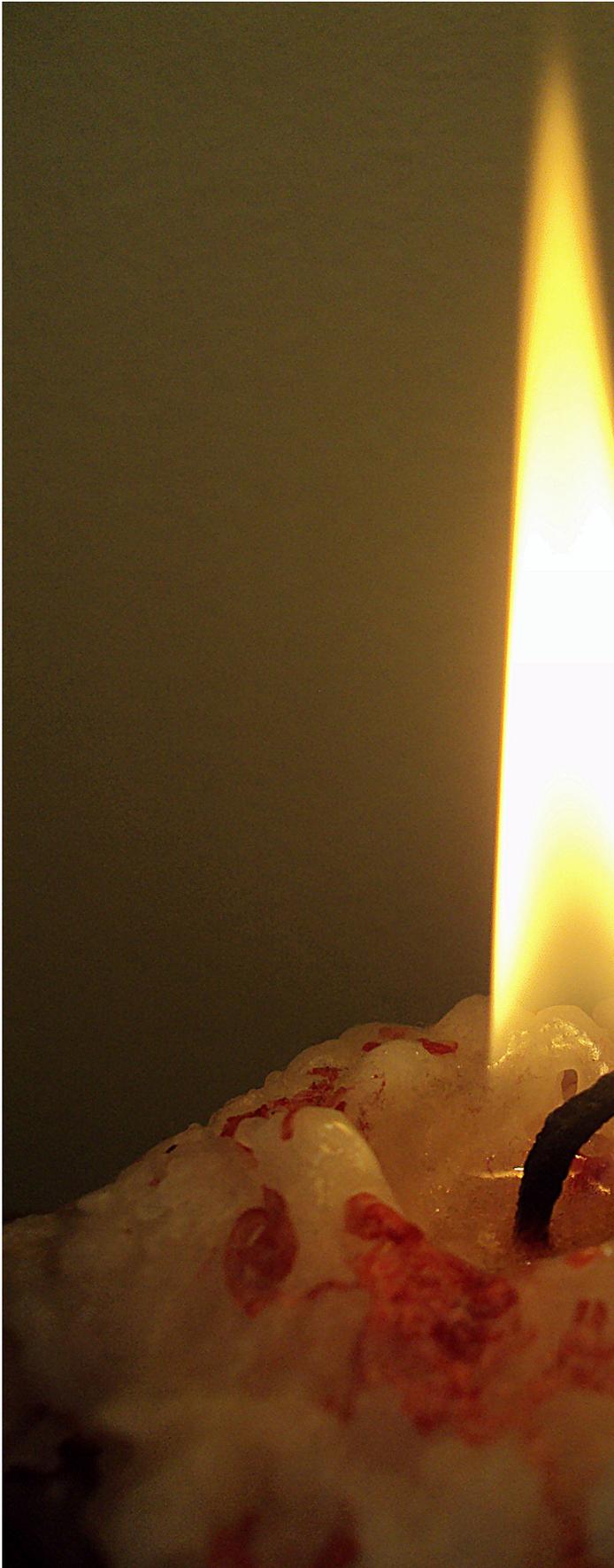
Artículo 2 "PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO"

- I Acercarse a Él con toda confianza
- II "¡Padre!"
- III Padre "nuestro"
- IV "Que estás en el cielo"
- RESUMEN

Artículo 3 LAS SIETE PETICIONES

- I Santificado sea tu nombre
- II Venga a nosotros tu reino
- III Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo
- IV Danos hoy nuestro pan de cada día
- V Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden
- VI No nos dejes caer en la tentación
- VII Y líbranos del mal
- LA DOXOLOGÍA FINAL
- RESUMEN





La oración de María. María del *Patris Mei*

La etapa *Patris Mei* quedaría incompleta si olvidase a María en su relación con Dios. El capítulo V de nuestras Constituciones –donde se presenta la oración del misionero– nos propone a María como modelo de oración; además evitan la expresión “orar a María”. La oración cristiana se dirige siempre al Padre por la mediación de Cristo en el Espíritu. Hablar de “oración a María” sería emplear una expresión impropia. Pero las Constituciones sí nos dicen que ella “está asociada de todo corazón a la obra salvífica de su Hijo” (CC 36). Ello la convierte en formadora nuestra (cf. *Aut* 270).

Te resultará provechoso repasar la oración de María tal como recoge el Magnificat. La puedes encontrar en los materiales adjuntos que se te ofrecen en la web. Aquí nos detenemos en sus actitudes orantes más profundas. María acompaña el crecimiento de nuestra fe (cf. *Aut* 5) y “con su acción maternal nos forma, a través de un proceso interior” (PGF 99).

María aparece en los Evangelios silenciosa y silenciada. Ella habla muy poco y de ella se habla poco también. A pesar de eso los datos evangélicos desvelan con suficiente claridad cómo fue su relación con el Señor. Su camino, por tanto, puede ser el nuestro. Nuestra entrega filial y apostólica al Corazón de María, madre, maestra y formadora, se plasma en una actitud de imitarla en su interioridad y sensibilidad ante las necesidades del pueblo (cf. PGF 101). Destacan tres expresiones que ordenan sus actitudes orantes más profundas.

- “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).
- “Bienaventurado quien escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica” (Lc 11,28).
- “María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19).

María, en el fondo de su corazón, escuchó, guardó, meditó y puso en práctica la Palabra. En un orden lógico, su oración transcurrió conjugando estos cuatro verbos. Pero no se entenderían bien, si se pierde de vista que su fuerza motriz nacía del «hágase en mí según tu palabra». Conformar su vida con el querer de Dios es lo que le llevó a ser oyente, guardiana, contemplativa y servidora de la Palabra.

Escuchó (Lc 1, 26-38)

“María es la *Virgen oyente*, que acoge con fe la palabra de Dios” (*Marialis Cultus*, 17). La madre de Dios fue grande porque escuchó. Así lo sugiere el episodio de Lc 11, 27-28: Una mujer anónima alabó en público a la madre de Jesús gritando “Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron”. En efecto, María fue alabada públicamente por ser madre de Jesús. Pero desconcierta la corrección que le hizo Jesús a continuación. Vino a decir que María su madre fue bienaventurada, ante todo, porque escuchó la Palabra y la cumplió y no sólo por el hecho de ser su madre. En labios de Jesús, el único que podía hacer tal corrección, fue la más bella alabanza a su madre.

Guardó: “Guardaba estas cosas...” (Lc 2, 19)

A la acción de escuchar sigue la de guardar en el corazón. ¿Qué guardaba exactamente en su corazón? María guardaba todas las cosas de Jesús, su historia, sus palabras, sus reacciones,... recordándolas y haciéndolas propias. Porque guardar es “recordar”, acoger en el interior lo percibido, sin rechazar lo que descoloca, no se entiende o duele, y pasarlo por el cedazo del corazón para alcanzar a comprenderlo en profundidad. Guardar es, además, “hacer propio”. Es identificación con lo recordado. Se trata no sólo de empatizar sino de metabolizar, asimilar la Palabra o una parte de ella que ha penetrado en el corazón, hasta que se transforma en energía que vivifica el propio ser.





Meditó: "... y las meditaba en su corazón"
(Lc 2, 19)

Esto de "meditar" a veces puede confundir. Hay quien lo identifica con razonar, con deducir unas cosas de otras, o con sacar conclusiones. Pero meditar, como actitud, es otra cosa. Es algo que se hace con el corazón: "Las meditaba en su corazón". Y no dice en su mente ni en su cerebro, que por supuesto María también los tenía. Meditar es algo que ocurre en el corazón y la boca. Hace referencia a algo interior. Es la sabiduría que, según la Biblia, viene de "saber" y de "sabor". Sabio es el que gusta el sabor de las cosas profundas. María conocía y saboreaba. Aquellas cosas de Dios no eran para ella algo que hubiese de ser despreciado, o sometido a juicio y crítica; sino para ser conocido y saboreado.

Puso en práctica: "...Y la ponen por práctica"
(Lc 11,28)

La oración auténtica es inseparable de la vida. Después de decir: "Hágase en mí según tu palabra", María fue fiel, la obedeció hasta el fin. Ése fue el lema de su vida. No se conformó solo con escuchar, guardar y saborear la Palabra. También la puso en práctica. María es la personificación plena y máxima de lo que es todo creyente: el que se abre para decir que sí, para acoger una Palabra de Dios no dominada por uno, presentida, a veces oscuramente presentida. Una Palabra que será fuente de conflictos y de inseguridades ulteriores (como se ve, por ejemplo, en Mt 1,18ss y en Lc 2,4ss). Pero que es también realizadora de la humanidad del creyente, precisamente por haberla acogido.

Ejercicio 4: La anunciación de la capilla “Redemptoris Mater”

En la Anunciación vemos a María en actitud de recogimiento, con los ojos cerrados. Esta figura aparece bajo el rollo del libro que el ángel desenrolla y está en una actitud de escucha: de rodillas, recogida y silenciosa; como rendida a la voluntad de Dios. Se indica cómo en ella se cumplen las esperanzas y las promesas de las profecías mesiánicas.

A la altura de su regazo materno sujeta una **madera de lana**, signo de la carne del Verbo que se va a tejer en ella y de ella. El arcángel Gabriel, de pie, dirige la mano hacia el **oído** de Ella para indicar el mensaje que María acoge con fe y amor.

Efrén el Sirio -retomando una antigua tradición del norte de África que tiene su origen en los jeroglíficos egipcios- dice que la acción del Espíritu llegó a María a través del oído. San Pablo lo rubricará: “*Fides ex auditu*”. En el mosaico, Gabriel desenrolla el **rollo** del Verbo y mantiene su mano derecha exactamente a la altura del **oído**, indicando cómo anuncia la Palabra a María y cómo Ella la escucha. Ella depone las manos en el regazo tejiendo el **hilo rojo**. La antigua tradición representaba siempre a María en el momento de tejer. Vemos aquí en la imagen a María en el acto de tejer la carne al Verbo. Trata, pues, de la relación entre Palabra e Imagen.

Contempla detenidamente la estampa y trata de detenerte en cada simbolismo comentado aquí... deja que penetre en ti la fragancia de la belleza de este icono de la oración de María.



La oración de la Iglesia: la liturgia

Las Constituciones, después de presentar el espíritu que debe animar la oración claretiana (cf. CC 34), tratan a continuación de las diversas formas de oración. En primer lugar sitúan la oración litúrgica: “Procuremos acomodar nuestra oración al espíritu de la Iglesia, que en la Liturgia propone a la contemplación de los fieles todo el misterio de Cristo” (CC 35). En efecto, vivimos nuestra oración en todas sus expresiones, personal y comunitaria, privada y litúrgica, en el contexto del año litúrgico, que «desarrolla todo el misterio de Cristo, desde

la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor» (SC 102). El año litúrgico estructura así nuestra historia y, si lo vivimos con fidelidad, constituye un excelente camino de espiritualidad. A través del mismo, la Iglesia, como “mater et magistra” de nuestra fe, nos ofrece una sabia alimentación espiritual, nos introduce en el misterio del salvación con variados símbolos y ritos y nos hace sentir y expresar el misterio de la comunión y la solidaridad.

En el marco litúrgico, las Constituciones aluden a la Eucaristía dentro de una reflexión más amplia sobre la oración de Cristo y de la Iglesia, de la que participamos. La Eucaristía representa la gran escuela de oración; más aún, como misterio de oración, fundamento y, a la vez, cumplimiento y cima de oración. La Eucaristía es, además, misterio de presencia y de oblación de Cristo sacrificado que “se ofrece a Sí mismo por los hermanos, honra al Padre y edifica la unidad de la Iglesia” (CC 35). Comulgando con el Cuerpo entregado de Jesús y bebiendo del cáliz de Señor nos transformamos en Cristo Jesús. Dios resucita a Jesús “dándose a la Iglesia” (cf. *Ef* 1, 19-22), llenando el mundo de su presencia (cf. *Ef* 4,9ss). Jesús se queda con nosotros, su comunidad, hasta el fin de los tiempos. De ahí que la Eucaristía es también misterio de unión sponsal de Cristo con su Iglesia. El próximo año, en la etapa *Caritas Christi*, dedicaremos un cuaderno a este sacramento.

Liturgia de las Horas

Como Iglesia estamos llamados a ser seguidores e imitadores de Jesús orante. La Liturgia de las Horas nos enseña el estilo y el ritmo de oración diaria de la Iglesia. Podríamos decir que ella nos enseña a obedecer al mandato de «orar incesantemente». Por eso, la Liturgia de las Horas no es —no debe serlo— para nosotros una obligación penosa, sino un auténtico regalo que acogemos con gratitud. En la Liturgia de las Horas hacemos nuestra la oración de la Iglesia-Esposa, que escucha las palabras del Esposo y le responde con la misma Palabra de Dios. Es tiempo ritmado dedicado a la escucha de Dios que nos habla; es momento de meditación y contemplación de todo lo que Él ha dicho y hecho en la historia. Además de invitarnos a la escucha, nos estimula a la alabanza y a la evocación de las maravillas de Dios.

Jalonada por las Laudes, las Vísperas, la Hora intermedia entre ambas y las Completas, además del Oficio de Lecturas, la Liturgia de las Horas santifica el tiempo precisamente porque nos santifica, nos hace dóciles a la acción del Espíritu, remueve obstáculos, crea en nosotros las disposiciones idóneas y, asimismo, nos fortalece en las luchas y dificultades que encontramos en el áspero camino de la santidad.

“**Solo el amor, concebido como entrega, como salida de sí hacia el otro, como capacidad de dar, consigue vencer la soledad.**”

La oración del P. Claret

Pío XII, en la homilía de la canonización, esbozó con mano maestra la imagen de san Antonio María Claret como una personalidad hecha para ensamblar contrastes; y entre todos ellos, el más destacado es, sin duda, éste: “siempre en la presencia de Dios, aun en medio de su prodigiosa actividad exterior”. Nuestro Fundador fue, ante todo, un hombre de Dios. Él nos ha comunicado su experiencia de oración con sus enseñanzas y ejemplos, con sus escritos, especialmente en la Autobiografía y en otros documentos autobiográficos. Sucintamente la presentamos en un itinerario y en una síntesis final.

Itinerario de su oración

La oración de Antonio es precozmente misionera, aun antes de tener conciencia refleja de su vocación apostólica.

- Ya a los cinco años pasa gran parte de la noche orando: compara el mundo con la eternidad; mira la infelicidad de los hombres que se matan en la guerra y el peligro en que están de perderse para siempre. De esta oración brota la primera llama del cielo. Por este mismo tiempo comienza a contemplar los misterios de la vida de Jesucristo rezando el rosario (cf. *Aut* 44-49).

- A los diez años descubre la oración de amistad personal con el Señor presente y viviente en la Eucaristía. Esta oración se convierte en entrega al servicio de su Amigo y Maestro (cf. *Aut* 40).

- De joven, en Barcelona, en medio del delirio por la fabricación, sigue siendo fiel al rezo del rosario y a la asistencia a la misa dominical (cf. *Aut* 66). En medio de las pruebas vocacionales la oración se vuelve sapiencial: descubre la vanidad del mundo, y la inutilidad del triunfar, si se pierde el alma (cf. *Aut* 68-40).



“

La santidad y el apostolado se sitúan en el corazón de Claret como la obra del Padre en Jesucristo.”

- Más tarde, siendo seminarista en Vic, aprende a leer la Escritura y a recibir la Palabra en el corazón: “Lo que más me movía y excitaba era la lectura de la santa Biblia, a la que he sido siempre muy aficionado. Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía” (*Aut* 113-114). De esta semilla brota su ofrecimiento y entrega -como hijo de María- al servicio de la Palabra. Aunque de niño había asistido a las Vísperas parroquiales los días de fiesta, ahora -clérigo- se inicia formalmente en la oración litúrgica de la Iglesia (cf. *Aut* 90).

- La oración de Antonio alcanza su plena expresión misionera en Roma, en su periodo de novicio jesuita: “Yo me ofrecía todo a Dios sin reserva, yo pensaba y discurría continuamente qué haría para el bien de mis prójimos, y ya que no llegaba el tiempo de trabajar, me empleaba en orar” (*Aut* 153).

En el diálogo de la oración comparte con la Virgen María su visión de las necesidades del mundo, su reacción inflamada de celo, su intercesión, y se entrega generosa y dócilmente a la misión apostólica (cf. *Aut* 153-164).

- Posteriormente, durante sus campañas de misionero apostólico, imita a Jesús que predica y cura de día, y de noche ora al Padre. Por mucho que sea el trabajo nunca deja la oración, porque es el alimento espiritual, el crisol donde se purifica la escoria, el molde donde se conforma su voluntad a

la voluntad de Dios, la fragua donde se enciende el fuego de Pentecostés para anunciar sin descanso, y a todos, el Evangelio. Es característica de este tiempo su *oración apostólica*:

“¡Oh Dios y Padre mío!, haced que os conozca y que os haga conocer; que os ame y os haga amar; que os sirva y os haga servir; que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y todos consigamos la eterna gloria. Amén” (*Aut* 233).

- En Cuba, como misionero-pastor, conjuga la oración de discernimiento ante las grandes necesidades de la diócesis con la oración de fuego que le impele a las visitas pastorales y a las misiones populares. En la oración encuentra fuerza para hacer frente a los opositores y a prepararse para el martirio (cf. *Aut* 577-581. *Propósitos* 1850-1857).

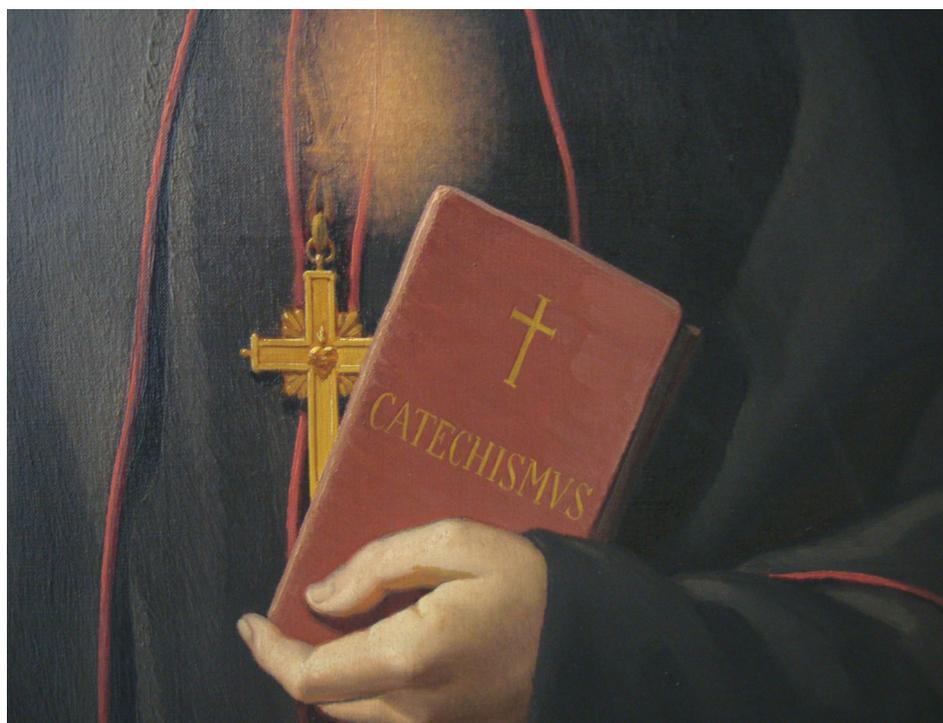
- En Madrid puede disfrutar de una vida más reglamentada y la emplea para dedicar más tiempo a la oración: tres horas, la noche entera (cf. *EA*, p. 516). Recibe iluminaciones y gracias extraordinarias relacionadas con su misión evangelizadora y su servicio a la Iglesia (cf. *EA*, p. 641-662).

- En el destierro -anciano y enfermo- no cesa su actividad orante en situaciones de desolación y de configuración con Cristo crucificado (cf. *EA*, p. 606).

Claret, contemplativo en la misión

Interesa resaltar, por su centralidad, cómo se integran la contemplación y la acción en la vida del P. Fundador. Para él no hay conflicto entre ambas. Ni el apostolado es una degradación de la oración, ni la contemplación es una alienación de las fatigas del apostolado. Él mismo dice, por una parte, que nunca está tan solo como cuando está entre el bullicio de las multitudes y, por otra, la soledad de su coloquio con Dios está poblada de todos los que necesitan ayuda: los pecadores, los justos, los que se purifican. Su famosa metáfora del compás es sumamente elocuente: Claret se sentía como los dos brazos de un compás, uno estaba unido al centro por el amor y el otro trazaba el círculo de la misión, por el impulso que le venía del centro (cf. *Aut* 706. 710. 713).

El secreto de esta armonía radica en su vocación misionera: Claret percibió, en la misma voz, la llamada a la santidad y al apostolado. Su vocación se nutre de la combinación entre filiación y misión, como participación de la Filiación-Misión del Hijo. Siendo seminarista, se sintió incitado a compartir la misma opción de Jesús: *in his quae Patris mei sunt oportet me esse* (“conviene que me ocupe de las cosas de mi Padre”). La santidad y el apostolado se sitúan en el corazón de Claret como la obra del Padre en Jesucristo, que unifica tendencias y resuelve contradicciones. La Autobiografía está llena de expresiones en las cuales aparece el apostolado como ejercicio del amor filial. Él que ha sido enviado del Padre celestial, como lo fue el Hijo, ora como el Hijo, y como el Hijo llena su misión.



La otra fuente de unificación es la caridad de Cristo que le impulsa a clamar Abbá, que no le deja estar quieto y le impulsa a correr de una parte a otra. Esa caridad estuvo alimentada especialmente por la Eucaristía. En torno a ella gira la mística claretiana que la asume como manantial de santidad y de fecundidad apostólica (cf. *Aut* 767). La mayor parte de las gracias místicas que recibió el P. Claret, o son puramente eucarísticas –como la conservación de las especies (26 de agosto de 1861)– o están en relación con la Eucaristía durante la Misa o en sus prolongados tiempos de adoración (cf. *Aut* 681. 684. 698).

Ejercicio 5: La oración del P. Claret y la tuya

1. Repasa y saborea las citas indicadas en el texto anterior sobre la oración del P. Claret. Anota lo que para ti mismo sea más significativo. Escribe sobre ello.

2. Describe en tu cuaderno tu itinerario personal de oración, sintetizando algo así como tu recorrido orante, con las etapas por las que ha atravesado tu relación personal con el Señor. Puedes proceder según el siguiente guión:

- Comienza recordando los momentos más intensos de oración que hayas vivido en tu existencia. En positivo o en negativo (épocas de sequedad o de infidelidad). Localízalos, dales un nombre sencillo y ordénalos en el tiempo.

- Trata de descubrir cómo esos momentos fuertes marcan etapas en tu vida orante. A continuación, ordena esas etapas.

- Trata de describir brevemente cada etapa... Sin duda que te ayudará a ello el explicar el significado de las experiencias fuertes que las jalonan.

- Finalmente, en una mirada sintética, trata de percibir la orientación de tu vida orante: de dónde nace, por dónde pasa, hacia dónde se encamina, qué te ha hecho aprender hasta ahora, en qué momento estás ahora mismo, qué te falta.

Cómo orar hoy en la vida cotidiana

Una de las cuestiones más tratadas y recomendadas por los maestros de la vida espiritual gira en torno a la relación entre oración y transformación de la vida. Oración y vida se implican mutuamente. Decía santa Teresa de Jesús: “Fíe poco de su oración quien no salga de ella dispuesto a que algo cambie”. Para un claretiano es importante saber integrar y conjugar armónicamente estas dimensiones irreducibles y esenciales.

- **Un peligro.** Uno de los mayores peligros de la vida misionera es el de limitar la oración a una esfera “especial”, distinta de lo que llamamos “vida cotidiana”. La oración se convierte así en algo a lo que se reservan espacios y tiempos determinados, fuera de los cuales esa relación se debilita o llega a desaparecer. Dios es entonces el “Dios del templo”, más que el “Dios de la misión”, ámbito en el que transcurre la vida del misionero. No es bueno acostumbrarse a esa manera “intermitente” de relacionarse con Dios, sin llegar a vincularla con la vida cotidiana.

- **¿Cómo entender aquí “lo cotidiano”?** Cotidiano es todo aquello que acontece en tu “vida diaria” (hechos, encuentros, experiencias, situaciones propias y ajenas...). Es lo ordinario que no sobresale ni es especialmente llamativo; es lo profano, lo

no explícita ni necesariamente religioso; y también lo moralmente ambiguo porque su bondad o maldad no se impone a primera vista.

- **¿Qué tiene que ver “lo cotidiano” con la oración?** En principio, todo. Tu vida entera es el lugar, el único lugar, donde puedes encontrar a Dios y relacionarte con Él. Tu oración no puede ser una actividad puramente intimista, ni un ejercicio fuera del espacio y del tiempo, ni tampoco una acción desencarnada al margen de tu trabajo y misión. Oración y vida deben estar profundamente unidas y relacionadas. Tu realidad, todo lo que te rodea, haces y sucede, es el lugar donde puedes escuchar la voz de Dios y contemplar su rostro.

Sin embargo, esta afirmación no contradice la ambigüedad inherente a toda la realidad mundana y su carácter no-divino: Las creaturas, personas incluidas, hechura de Dios, también han sido desfiguradas por el pecado (cf. *Rom 8,20*). Los seres humanos, libres y responsables de sus decisiones y acciones, no siempre viven acordes con el plan de Dios ni transparentan su presencia. Esta ambigüedad radical afecta muy principalmente a la oración y la sujeta a engaños y trampas.

- **Ante la ambigüedad se impone un discernimiento.** El discernimiento es el intento de reconocimiento del paso de Dios por tu vida con ayuda de una luz superior: la Palabra de Dios y la fe de la

Iglesia. Ambas te ofrecen las claves necesarias para que en tus circunstancias presentes quede satisfecha tu súplica: “Señor descúbreme tus caminos”. Ese discernimiento debe partir de tres disposiciones obligadas:

– *Da mucha importancia al primer momento del día.* Ese momento es interesante no sólo desde el punto de vista psicológico, sino sobre todo espiritual. Si lo vives en plenitud de consciencia, puede darte el tono y la sensibilidad vital con los que vas a vivir la jornada entera. Se crea en ti una disposición fundamental que perdura a lo largo del día e imprime un ritmo a tu vida.

– *Vive el presente, centrado en lo que estés haciendo.* Es la mejor manera de vivir realmente. Porque el momento presente es el único tiempo verdadero: el pasado ya no existe y el futuro no ha llegado aún. Y si el futuro llega un día a existir, será entonces presente. Trata de vivir cada ocupa-

ción o quehacer como el ámbito donde Dios se te manifiesta. Convierte las diversas circunstancias de tu vida en unas especies sacramentales, que te permiten acoger y recibir a Dios, realizando y cumpliendo su voluntad.

– *Orienta en todo tu corazón hacia Dios.* Viene indicado explícitamente en el n. 52 de las Constituciones, cuando se recomienda que los claretianos “con la decisión de caminar en una vida nueva, orientando el corazón hacia Dios, hagan todas las cosas con recta intención y con verdadero fervor de espíritu”.

Para conseguir ese espíritu de oración, las Constituciones indican unas prácticas de oración que pretenden, ante todo, mantener el clima contemplativo de la vida misionera de los claretianos y de las comunidades. Te las recordamos en esquema:

Ritmo	Oración del misionero claretiano		
	Personal	Litúrgica	Mariana
Diario	<ul style="list-style-type: none"> – Meditación (CC 37; Dir 89) – Lectura (CC 37) – Examen (CC 37; Dir 90) 	<ul style="list-style-type: none"> – Eucaristía (CC 35; Dir 85) – Liturgia de las Horas (CC 35; Dir 85) 	<ul style="list-style-type: none"> – Ejercicios de piedad: Rosario y otros (CC 37; Dir 87-88)
Semanal		<ul style="list-style-type: none"> – Domingo y días festivos (cf. 1 VR 114.128) 	
Frecuente	<ul style="list-style-type: none"> – “Visitas” y culto a la Eucaristía (CC 35) 	<ul style="list-style-type: none"> – Sacramento de la Reconciliación (CC 38) – Revisión comunitaria de la oración (Dir 93) 	
Mensual	<ul style="list-style-type: none"> – Retiro (CC 52; Dir 91) 		
Anual	<ul style="list-style-type: none"> – Ejercicios Espirituales (CC 52; Dir 92) 	<ul style="list-style-type: none"> – Celebración de los tiempos sagrados (CC 35) – Veneración de los Santos: san José; san Miguel y todos los Ángeles; Apóstoles; los santos compatronos; el P. Fundador (CC 35) 	<ul style="list-style-type: none"> – Culto litúrgico mariano (CC 36)

Ejercicio 6: Tu ritmo de oración

1. Detente a analizar la relación que vienes estableciendo entre tu oración (personal, litúrgica, devocional...) y tu vida (comunidad, trabajo, apostolado, tiempo libre, etc.). Descubre vínculos y rupturas. Es tema de diálogo con el acompañante.
2. Escribe tus prácticas de oración diarias según el orden cronológico. ¿Echas de menos algo? ¿Son suficientes para animar tu vida y darle calidad?
3. ¿De qué forma te ayuda tu comunidad a mantener la fidelidad a la oración? ¿Podría mejorar algo?

Ángeles de la oración

No hace falta que te tengas por hombre de alta oración, ni menos por maestro de ella. Seguramente necesitas que alguien te motive y acompañe por estos senderos, tan difíciles de andarlos a solas. Pero, si repasas tu trayectoria orante, es posible que te hayas topado con una experiencia desconcertante: Te sorprende el localizar en ti una fuerza que, -de una u otra forma, mejor o peor-, te sigue manteniendo en la oración y que sigas ahí, orando, sin saber por qué. A esa misteriosa fuerza de resistencia le vamos a denominar “ángel”. El P. Claret, que recurría a los ángeles y experimentó su protección (cf. *Aut* 464), quiso que los ángeles fuesen los modelos y protectores de los misioneros, ya desde el principio de la Congregación. No te preocupes en este momento de su morfología ni de la naturaleza de estos enigmáticos seres. Mira cómo actúan beneficiosamente cuando te colocas en oración. Y dale gracias a Dios por ellos, porque percibes así que al orar nunca estás solo.

- **El ángel de la soledad.** Aparece cuando pasas por esa experiencia, desalentadora y paralizante, en la que intentas orar y tienes la impresión de que tus palabras chocan contra una especie de muro de cemento y tornan sin conseguir alcanzar a nadie. Si a pesar de todo, sigues ahí... un ángel paciente te mantiene.

- **El ángel del consuelo.** Se manifiesta cuando sufres en tu interior eso que los clásicos de la espiritualidad llaman *desolación*, que a veces surge de forma injustificada e incomprensible y te deja desconcertado y desanimado. Si, a pesar de tu desgana y sequedad, sigues orando... un ángel confortador te sostiene.

- **El ángel de las palabras.** Se deja ver en las ocasiones en que tu oración es solamente *vocal*, con o sin fórmulas. Y, aunque sabes que las palabras no sirven para conseguir que Dios te atienda, sigues ahí solamente porque eres tú quien deseas ponerte a ti mismo atento a Dios y por eso las repites muy despacio... Cuando así lo experimentes, no dudes: te mantiene despierto un ángel vigilante.

- **El ángel del silencio.** Se te hace presente en esa otra oración sin palabras que también conoces: es esa especie de silencio no vacío, pero tampoco reflexivo, que se reduce a un “estar ahí”. Un permanecer que se parece a cuando entras en una piscina y sientes que el agua te envuelve y te empapa, y es más real que cuando tienes un interlocutor fuera de ti. Cuando te pasa esto un discreto ángel te conduce.

- **El ángel de las jaculatorias.** Tu oración es, algunas veces, mezcla de frases cortas y silencios. Se mantiene con una o muy pocas palabras repetidas que, a la vez, evitan que tu imaginación se distraiga, liberan tu mente y te introducen en el silencio. Cuando esto te ocurre, un ángel suave vela tus caminos.

- **El ángel de la sabiduría.** También es posible que te ocurra algunas veces. Es frecuente entre profesores y estudiosos. Al orar te escoras hacia lo reflexivo o discursivo. A algunos, por deformación profesional, su oración casi se les convierte en un artículo publicable. Si te das cuenta de ello cuando te ocurra y reaccionas dialogando con Dios de amigo a amigo y te dejas de metafísicas... sin duda que un ángel muy sabio te está guiando.

- **El ángel de las distracciones.** Las distracciones suelen frecuentar tu oración y multiplicarse. Es normal que muchísimas veces te sorprendas

durante tu oración pensando en las musarañas y divagando. Si al perderte en tus cavilaciones, salta una alarma y te atreves a decirle a Dios tonterías como ésta: “Perdona Señor que me distraigo”, no dudes de que habita en ti un ángel avisado.

- **El ángel de la gratitud.** Ocurre alguna vez. Entrás en aquella oración en que no haces más que pedir a Dios, como sea, su Espíritu, porque te sientes incapaz de hacer nada, absolutamente nada, por ti mismo; o en que casi te entran ganas de cantar y danzar, porque sientes una gran necesidad de agradecer; o en que repasas “ante Dios” tus personas queridas, tratando de comprender que Dios les quiere aún más que tú. Si te ocurre algo de eso,... por medio anda un ángel agradecido.

- **El ángel de la paciencia.** Y también conoces aquella oración que sirve para encajar los golpes de la vida. La vida da golpes, y no pierdes tu sensibilidad por el encuentro con Dios. Y tu sensibilidad se ve herida a veces: en el campo afectivo, en el de la autoestima, en el del miedo... en tantos otros. Y si esos golpes no son bien digeridos, se te quedan dentro y acaban saliendo por algún lado imprevisto: por la agresividad, la sexualidad, la pereza, o la pérdida de la esperanza. Y si los digieres tú solo, corres el peligro de justificarte, condenar al que golpea y volverte justificadamente hostil o rencoroso. Pero si los digieres con Dios, ante El, con sus ojos,

los integras de veras y hasta se convierten en “alimento” para crecer...

Aún quedan muchos más ángeles. Ahora lo más importante no es su enumeración exhaustiva sino el balance que puedas sacar de todas tus experiencias. Y el balance bien pudiera ser éste: no sabes bien cuándo has hecho oración. Quizá cuando te parecía haberla hecho no fue tanto, y cuando te parecía que no, sí que hubo oración. Pero siempre y sin saber cómo, has estado en contacto inmediato con Dios. Lo que te resulta hoy muy claro es que todo ese contacto con Dios, por real que sea, tiene siempre elementos (llámalos si quieres *mediaciones*) que no son Dios y, por eso, son las más perceptibles a nosotros. Pero no confundas a Dios, inalcanzable, con sus mediaciones inmediatas.

Hay algo más: Algunas veces creerás haber sentido a Dios. Recuerda que Dios es como la luz: a ella no la ves, pero sólo gracias a ella ves las demás cosas. Entonces, estas cosas “iluminadas” no son la luz, pero, a través de ellas, entras en contacto con la luz. Por eso, la experiencia primordial de oración irá siendo cada vez más no la de hablar a Dios o mirar a Dios, sino la de mirar el mundo “con los ojos de Dios”. Habrás pasado por lo primero, por supuesto, pero quédate también con lo segundo. Un misionero tiene ojos capaces de mirar como mira Dios. Y ese es un trabajo de otro “ángel” de mirada aguda que alienta tu oración.

Ejercicio 7: Ángeles y demonios de tu oración

En el anexo que figura al final de este cuaderno encontrarás una tabla de “ángeles” y “demonios” de la oración. Recoge algunos reflejos y reacciones frecuentes que se dan en la oración y una orientación para el discernimiento. Lee esa tabla con detenimiento. Pregúntate qué indicadores describen tu vida de oración. ¿Añadirías alguno tomado de tu experiencia?

El examen (cf. CC 37) Importancia del examen diario

El P. Claret asignaba gran importancia al examen. Entendía que era la forma más adecuada para escrutar el paso del Señor en la propia vida. Él, personalmente, lo empleaba continuamente sobre la mansedumbre (cf. *Aut* 742) o sobre el amor de Dios (cf. *Aut* 801), especialmente sobre la humildad (cf. *Aut* 351) a lo largo de quince años. Lo realizaba un cuarto de hora antes de la comida (cf. *Aut* 637.

801). Toda la Autobiografía es un modelo de cómo supo vincular examen y discernimiento de la propia vida. Era grande la importancia que daba a esta forma de encuentro con Dios en su vida corriente (cf. *Propósitos* de 1870) y su empeño en “enseñar a hacer bien el examen” (Cf. *Propósitos* de 1869).

Las Constituciones prescriben que examinemos nuestra fidelidad al evangelio (Cf. CC 37) y de esa manera podamos percibir y hacernos responsables de nuestra fidelidad y crecimiento. Examinar tu vida diaria delante de Dios es una práctica provechosa

que debe ser recuperada. Te ubica en tu identidad de hijo amado del Padre y de hermano de todos los hombres. Te ayuda a recordar la llamada de Jesucristo a vivir unido a Él y a llevar la buena noticia a los que te rodean. También reaviva en ti la conciencia de ser templo viviente del Espíritu Santo. Tu vida y tu oración no son dos realidades paralelas que transcurren la una al lado de la otra. Ni mucho menos contrapuestas. Siempre van unidas.

En particular, trata especialmente de unir examen y acompañamiento espiritual. Ambos se complementan. La práctica del examen te va dando la materia para el diálogo y discernimiento con el acompañante. El examen se convierte así en un tiempo de oración que te hace sensible a la acción de Dios en tu vida diaria.

Modo de hacer el examen

Escribe el colombiano Gabriel García Márquez en el epitafio de su autobiografía: “La vida no es como uno la vivió, sino lo que uno recuerda y cómo la recuerda a la hora de contarla”. Asómate a examinar lo que recuerdas de tu jornada y cómo lo recuerdas. Nuestro Directorio sugiere que se concrete el examen “en dos tiempos fundamentales: hacia la mitad de la jornada, con carácter predomi-

nante de oración mental y, por la noche, con carácter de revisión general del día, que puede unirse al rezo de Completas” (*Dir 90*). Sírvelte de las siguientes indicaciones prácticas que pueden orientarte al hacerlo.

1. **Ponte en situación:** Cálmate... sitúate delante de Alguien... y en espera de algo... en silencio. Pide la luz del Espíritu Santo para poder reconocer la verdad de tu vida, para que, sin engaño, puedas reconocer a Dios presente y actuante en ella.

2. **Da gracias a Dios Padre** por el regalo del día vivido, por tantos beneficios recibidos de salud, relaciones, sentimientos, trabajo, vitalidad, etc. Recorre con Él el lado luminoso del día que terminas, agradeciendo y alabando.

3. **Examina el lado oscuro** de lo vivido durante el día. Trata de revisar especialmente tu punto débil, aquel que refleja tu flaqueza y que se manifiesta en diversas reacciones. Trata de hacerlo conversándolo con Jesús y no como un ejercicio solitario de sinceridad personal.

4. **Pide perdón a Dios Padre** y a Jesús por tus infidelidades y faltas de amor a ellos y a tus hermanos.

5. **Pide luz y fuerza al Espíritu Santo** para vivir al día siguiente en forma más amorosa y coherente con su amor.

Ejercicio 8: Examinando tu vida ante Dios

- Toma la decisión de examinar tu vida al rezar completas. Hazlo despacio. Cuida los pasos que se te indican: Situar-te-Agradecer-Mirar-Pedir perdón-Pedir luz y fuerza.
- El esquema lo puedes aplicar también al preparar la reconciliación sacramental. No te ciñas solamente a considerar tu pecado. Reconoce y agradece el paso de Dios por tu vida y pídele fuerzas para ir adelante.

La oración apostólica del P. Claret

La oración es, según el P. Fundador, el primer medio de apostolado: “El primer medio de que me he valido siempre, y me valgo, es la oración. Éste es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores... No sólo oraba yo, sino que, además, pedía a otros que orasen...” (*Aut 264*).

Claret la vivió con unos perfiles carismáticos que la convierten en una experiencia espiritual

transmisible y capaz de ser asumida por los que compartimos su mismo espíritu. Entre los elementos característicos heredados de nuestro Padre Fundador destacan: el cristocentrismo, la piedad eucarística, el amor a la Palabra de Dios, el modo de vivir la filiación cordimariana en estrecha relación con su vocación misionera, la devoción a los Apóstoles y a los santos que se han distinguido especialmente por su celo apostólico (cf. *Dir 84*).

La *oración apostólica* surge del contacto con las personas y con las situaciones en el ejercicio de la misión. Reconoce los signos de la acción salvadora de Dios en esas situaciones. Busca iluminarlas desde la Palabra de Dios. Unifica la vida personal, la vida co-

munitaria y el ejercicio del apostolado. Alimenta el compromiso misionero en clave de misión compartida. Los comentaristas desarrollan estos núcleos fundamentales en una rica síntesis que puedes releer personalmente para hacerla más tuya.

Ejercicio 9: Lectura del comentario a las Constituciones

1. Lee el comentario al número 34 de las Constituciones (Espíritu de la oración misionera y sus contenidos) que presenta el libro *Nuestro proyecto de vida misionera. Comentario a las Constituciones II*, Roma 1991, pp. 457-484). Como ejercicio de profundización elige dos de estos métodos:

- Haz un resumen personal del texto en forma de esquema.
- Reúne en tu cuaderno las frases que te resulten más sugerentes y provechosas.

2. Reserva un día –puede ser el mismo día de Retiro– para hacer tu oración personal sosegada subrayando su tono apostólico. Te puede ayudar la guía que ofrece el documento *Formación profética claretiana*, editada en 2003 por la Prefectura General de Formación y que encontrarás en la web de la Fragua.

3. Redacta una oración personal que exprese tu sentir claretiano. Guárdala en tu breviario y recítala con frecuencia. Si quieres, compártela enviándola a la web de la Fragua.

Diferentes tipos de oración en nuestra vida misionera

En la praxis de la oración, lo mejor es decidirse por los caminos más sencillos. Cuando hablamos de “los caminos más sencillos”, nos referimos a esos elementales modos de orar al alcance de cualquiera, y que pueden ser útiles si se emplean adecuadamente. Ni siquiera merecen el nombre solemne de método, pero resultan verdaderamente provechosos.

A veces da la impresión de que muchos, en el fondo, buscan modelos difíciles y complicados, quizás con el inconsciente deseo de no verse obligados a ponerlos en práctica, escudándose precisamente en que son complicados y difíciles. Por eso, experimentan una especie de desencanto cuando alguien les da orientaciones exentas de toda complicación. Creen que, de ser así, todo resultaría demasiado fácil, y desconfían del valor y de la eficacia de tales maneras de orar. Y, en consecuencia, no los toman en serio ni los ponen en práctica. Entonces, ni siquiera han tenido la oportunidad de comprobar por sí mismos si son o no eficaces y valiosos. De

hecho, los rechazaron sin haberlos ensayado. No sea así contigo.

Dice el benedictino Anselm Grün que “la oración no precisa ser devota, sino solo sincera”. De lo que se trata es de ponerte en contacto con Dios. Es sólo para ello, para lo que se te recuerdan ahora diversos tipos “claretianos” de oración. No te evitarán el esfuerzo por ir encontrando tu propia manera de orar.

• Antes de nada deberías comprender que, por la misma seriedad de la cosa, **necesitas una “preparación” previa** para poder orar bien. El P. Claret estimaba que la oración debía realizarse cuidando el clima de toda la jornada. En efecto, a los Misioneros les prescribe en las Constituciones que preparen la materia de oración por la noche y la recuerden al levantarse, prueba evidente de que él mismo lo hacía (cf. *Constituciones* 1865, II, nn. 29,34; *Colegial I*, p. 288). Esa preparación te ayuda a cobrar conciencia de la seriedad de lo que vas a hacer: si un día te convocara a una audiencia el

Papa o el Presidente del gobierno, no acudirías de cualquier manera. Por eso es bueno que te habitúes, antes de comenzar a orar, a situarte ante Dios.

- Entre todos los métodos, emerge uno que, a su vez, es un manojo de ellos. **Se trata de la “lectio divina”**, esto es, el ejercicio ordenado y metódico de la escucha personal de la Palabra de Dios. Leer la Palabra, meditarla, rumiarla, alimentarte de ella, empaparte de ella, dejarte transformar por ella, al ritmo que mejor convenga... Abrir el Libro y dejar que el te hable: a veces, escudriñando lo que te quiere decir a través de narraciones curiosas; otras, sumergiéndote en la contemplación de un pasaje por el que te haces contemporáneo de Jesús, y a través del cual puedes verlo, oírlo, palparlo, reposar junto a Él; otras, deteniéndote en un versículo o en una palabra, perdiéndote en el abismo sin fondo que abren... Todas ellas son modalidades diferentes de orar con la Palabra de Dios. El P. Claret le da una gran importancia como él mismo confiesa: “Lo que más me movía y excitaba era la lectura de la Santa Biblia, a la que siempre he sido muy aficionado” (Aut 113).



- **La imagen tónica de la oración claretiana suele ser la de “meditación”**. La recomienda repetidas veces el P. Claret. En una *Pastoral al Clero* decía: “No rezar mucho, sino meditar”. Y en parecidos términos se dirigía a los seminaristas en *El Colegial*: “Toda clase de oración que se haga bien es buena, pero la oración mental es la más a propósito al Seminarista, pues si es diestro en hacer bien la oración mental, rezará bien el Oficio Divino, celebrará bien la Santa Misa cuando sea sacerdote... Y será un buen sacerdote. Pero si no es sacerdote de oración mental, no tendrá el espíritu de Jesucristo” (*Colegial I*, p. 54). Es como si en la oración hubieras de ordenar tus ideas. No obstante, la meditación

no es exactamente eso (como si se tratara de hacer un solitario, no ya con cartas de la baraja, sino con ideas). La meditación es más bien una forma de reflexión o ponderación lenta, en la línea de lo que decía Wittgenstein: “Pensar en el sentido de la vida, es orar”. Se trata de un pensamiento que tiene mucho más de asombro que de raciocinio. Según el P. Claret, el tema ordinario de la meditación ha de ser la vida de Cristo (cf. *Colegial I*, p. 136 s.). Recomienda hacerla por los evangelios o por algún libro que los comente. En ellos se alimentaba Claret: “Contemplaba continuamente a Jesús en el pesebre, en el taller, en el calvario. Meditaba sus palabras, sus acciones, su manera de comer, vestir y andar de una población a otra” (Aut 356). “Recordaba la doctrina de Jesucristo que continuamente meditaba” (Aut 362).

- **El P. Claret recomendó también la “oración vocal”**. Rezar era su forma preferida de orar según confesaba en su Autobiografía: “La oración vocal a mí me va, quizá, mejor que la pura mental, gracias a Dios” (Aut 765). La oración vocal sería algo parecido a esa repetición lenta de palabras o frases que va calando poco a poco (semejante a los mantras orientales o jaculatorias repetidas y asimiladas). No obstante, este “coloquio” o la oración afectiva debería ser meta de toda oración: infinidad de frases de los Salmos (como “Mi alma tiene sed de Ti”, o “Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa”) pueden ayudar a eso. O el que, según algunos, es el mejor *mantra* para toda oración: “Abbá, venga Tu Reino”. Y, junto a éste, también la repetición constante y pacificada de “Padre, dame tu Espíritu”. En este ámbito habría que recordar también la afición del P. Claret a escribir oraciones personales, entre las que sobresalen las que redactó estando en el Noviciado (cf. Aut 153-164) por recoger su espíritu y el de los futuros misioneros.

- **La “oración incesante”, recomendada por dos veces en las Constituciones (cf. CC 33 y 66)**. Se la conoce también como la *oración del corazón* o la *oración de Jesús*. La invocación incesante de Jesús tiene un potente componente mistagógico: va taladrando lentamente nuestro interior hasta llegar al núcleo unificador de nuestro ser: el corazón. Por el don de la oración incesante “el corazón absorbe a Dios, y Dios absorbe al corazón, y los dos se hacen uno”, dice san Juan Crisóstomo. Convocadas todas las fuerzas y potencialidades en su centro, el misionero que vive en oración incesante puede actuar sin agotarse, porque vive inmerso en el mismo movimiento creador de Dios, abandonando su propia voluntad en la Suya en este estado de entre-

ga total. Así vemos coincidir contemplación y misión: una vida convertida en mar, en ese océano sin fondo que es Dios, en el que “somos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28). El rosario precisamente pretende esto mismo.

- Vale la pena comentar también, porque además es muy típicamente claretiana, **la petición de algo que nos cuesta o no queremos**, que aparece varias veces en los *Propósitos* del P. Claret: “pedir pobreza, desprecios y humildad” (cf. por ejemplo, *Propósitos* 1843, 7). Y ello no porque Dios sea un sádico que se aprovechará si se lo pedimos, sino para asegurar la propia libertad y el desprendimiento del corazón con respecto a aquello. Pues no es lo mismo decirle al Señor: “Tengo el corazón desprendido de mis riquezas”, que decirle: “si es para tu mayor gloria, quítame mis bienes”. En lo primero podemos (y solemos) engañarnos. Lo segundo tiende a evitar esos engaños. Por eso, este tipo de peticiones no demandan meras negatividades (pedir enfermedades o sufrimientos, etc.), sino mantener a raya nuestro ego, que busca sin desaliento riqueza,

poder y honorabilidad, causa frecuente de desórdenes y esclavitudes.

- Luego de esto, el P. Claret deja, en cambio, una “gran libertad” para que cada cual decida, una vez formado, **el tiempo, lugar, modo y postura que elige para orar**, y que pueden cambiar según personas y situaciones. Posturas demasiado tensas, prolongadas, acaban cansando e impidiendo una verdadera oración, por más que puedan tener su indiscutible validez. En cambio, lugares demasiado atractivos y tranquilos pueden ser útiles, pero no deberíamos vincular necesariamente el hecho de la oración con ellos. En una ocasión, la razón que dio alguien para explicar que se había borrado de un cursillo de oración fue: “Para orar allí no necesito cursillos ni talleres. Lo que yo quiero es que me enseñen a orar en el autobús o en medio de los afanes de la parroquia”. Esto empalma con la definición dada de san Antonio María Claret como un hombre *contemplativo en la misión*.

Ejercicio 10: Tu manera de orar

Prepara la próxima entrevista con tu acompañante para presentarle cómo oras en concreto. No se trata de dialogar sobre qué es oración, sino de confrontar tu manera ordinaria de orar. Es un buen momento para hacer una valoración de la forma y del método de tu oración personal. Y seguramente será ocasión para detectar algunas mejoras o afianzarte en alguno de los objetivos conseguidos.

3. Sugerencias para la reunión comunitaria

En el encuentro comunitario de este mes de octubre las siguientes sugerencias pueden ayudar a fomentar y mejorar el espíritu de oración de la comunidad. La misma comunidad se pone de acuerdo en realizar una de estas tres posibilidades.

1. **Hacer en comunidad una lectio divina compartida en torno a los textos bíblicos de la Eucaristía de la solemnidad del P. Claret.** Al final, hacer juntos el examen, siguiendo el modelo presentado en el cuaderno.

2. **Revisar la vida de oración de la comunidad** tal como está recogida en la programación comunitaria y cómo se practica. La revisión puede organizarse siguiendo los tres puntos de la revisión de vida:

- *Ver*: Recordar juntos la praxis concreta de oración de la comunidad y los indicadores de su calidad.
- *Juzgar*: Valorar el tiempo y la calidad de la oración comunitaria. Para ello puede servir el cuadro donde se presentan las prácticas de oración recomendadas para la comunidad claretiana. Ese cuadro se encuentra en la página 21 de este cuaderno.

- *Actuar*: Acordar juntos una acción de mejora para la oración comunitaria. Introducir esa decisión en la programación de la comunidad.

3. Puede ser interesante y beneficioso **realizar una visita de los miembros de la comunidad a un convento de contemplativos o contemplativas** para compartir con ellos (as) la vida de oración. Puede incluir el rezo de vísperas o de una hora menor, todos juntos.

4. Pistas para la “lectio divina”

Lunes 1 de octubre de 2012. Memoria de santa Teresa del Niño Jesús

El más pequeño es el más importante

- Job 1, 6-22
- Sal 16
- Lc 9, 46-50

Jesús tuvo que mostrar su paciencia no sólo tratando con enemigos, sino también enseñando a sus seguidores, que fueron madurando muy poco a poco. Como ellos, también nosotros guardamos en el corazón un secreto deseo de ser únicos y primeros. Es un deseo capaz de obsesionarnos y movilizarnos en busca del primer puesto. El problema es que estamos mal orientados en esa búsqueda. A la cumbre más alta se llega acogiendo y sirviendo a los demás “en el nombre de Jesús”, tratándolos como lo hace Dios; acogiéndolos en su nombre porque él se idéntica con todos. Ser grande es hacerse servidor. Así hizo Dios.

Martes 2 de octubre de 2012. Memoria de los santos Ángeles custodios

- Job 3, 1-3.11-17
- Sal 87
- Lc 9, 51-56

La ira contra los enemigos

El pasaje nos refiere la violenta reacción de enfado y antipatía de los discípulos de Jesús ante la falta de hospitalidad de los samaritanos. Una persona, presa de la ira, tiende a buscar siempre venganza. Más aún, pretende implicar a Dios en sus propósitos revanchistas y sentirse así cubierto moralmente. En ese tipo de problemas hay quien se controla mejor y hay quien lo hace peor. Pero, podemos hacer nuestra la frase conclusiva del relato: “Se fueron a otra aldea”. Dejemos lo que nos hace perder la calma y concentrémonos en alguna otra cosa. El mundo es muy grande. La “venganza” de Dios es la misericordia.

Miércoles 3 de octubre de 2012

- Job 9, 1-12.14-16
- Sal 87
- Lc 9, 57-62

Tres episodios de seguimiento

Los tres breves “casos vocacionales”, además de diferentes, reciben respuestas paradójicas por parte de Jesús. Al que le quería seguir, Jesús le advierte que no tiene ni dónde reclinar la cabeza: menos que los pájaros y las zorras, que tienen su nido o su madriguera. A otro que llama, no le acepta su excusa dilatoria de que tiene que enterrar a su padre. Al que le pide permiso para despedirse de su familia, le urge a que lo deje, porque sería como el que pone la mano en el arado y sigue mirando atrás. Tales respuestas acentúan la radicalidad que pide Jesús, y su urgencia. Él no permite la cómoda instalación ni dar largas al seguimiento. Es cuestión de prioridades. Lo primero es Él y su reino.

Jueves 4 de octubre de 2012. Memoria de san Francisco de Asís

- Job 19, 21-27
- Sal 26
- Lc 10, 1-12

Obreros para la mies

La misión apostólica corresponde a todos los que siguen a Jesús, pero de forma especial a quienes la han elegido como vocación específica: consagrados, sacerdotes, misioneros. La queja por la escasez de vocaciones siempre es actual y urgente. El remedio que propone Jesús es terminante: “¡Rogad al Dueño de la mies!”. Ésta es la metodología esencial de la pastoral vocacional. Antes de nada, orar, porque los obreros de la mies son llamados y atraídos por Dios. Nadie da la vocación a otro sino sólo Dios. Esa oración esperanzada y gratuita confía en la llegada de una primavera vocacional. Y es más importante la mies que el número de miembros de la propia institución. Aunque cueste tanto admitirlo.

Viernes 5 de octubre de 2012

- Job 38,12-21 ...
- Sal 138
- Lc 10, 13-16

La maldición de las ciudades

La maldición es una forma de pedir a alguien superior que intervenga contra alguien. Hay aún quien pide a Dios un castigo ejemplar contra los enemigos. Pero la maldición de Cristo es de otra clase: es profética. Intenta hacer comprender a los habitantes de Corozán, de Betsaida y de Cafarnaúm que son ellos mismos quienes atraen sobre sí el mal por su propia maldad. Les advierte así que no se resistan a la gracia de Dios, o el mal caerá sobre ellos. Su obstinación será motivo del juicio. No vale, por tanto, ninguna excusa para rechazarle: Ni el pecado de los cristianos, ni su incongruencia, ni la falta de tiempo, ni el no haberse enterado, ni las dificultades externas, ni el miedo...

Sábado 6 de octubre de 2012

- Job 42, 1-3.5-6...
- Sal 118
- Lc 10, 17-24

Vuestros nombres están inscritos en el cielo

En muchas ciudades y pueblos las plazas y calles llevan nombres de personas cuya memoria se quiere honrar. El nombre es algo muy importante, porque representa a la persona. Es una expresión social de su identidad. En nuestro bautismo se nos confirió un nombre, del que quedó constancia en el acta de bautismo, especie de inscripción oficial en la patria de la Iglesia. Ciertamente esa inscripción tiene validez y es necesaria; pero nuestra identidad más sólida y el vínculo más fuerte debe ser la participación con el Señor en la construcción de su Reino, colaborando activamente en el sometimiento de las fuerzas del mal. Y así ése ha de ser también el motivo más hondo de nuestra alegría.

Domingo 7 de octubre de 2012. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario

- Gn 2, 18-24
 - Sal 127
 - Heb 2, 9-11
 - Mc 10, 2-16
- Lo que Dios ha unido*
Son muchos los que rechazan la indisolubilidad del matrimonio porque piensan que es imposible de cumplir. Es un ideal para soñar, pero no para poner en práctica porque los humanos somos demasiado limitados. El mandamiento de la indisolubilidad sería algo así como un “consejo” para unos cuantos, más que un “mandamiento” exigible a todos. Según esa mentalidad una persona sólo puede comprometerse a aquello para lo que tiene fuerza. Pero el hombre sin Dios no es capaz de nada. Para que pueda mantenerse en alianza con Dios y alcanzar los bienes del Reino, Dios mismo tiene que cambiar su corazón de piedra y darle un corazón nuevo, de carne.

Lunes 8 de octubre de 2012

- Gal 1, 6-22
 - Sal 110
 - Lc 10, 25-37
- ¿Quién es mi prójimo?*
La parábola del buen samaritano responde a la pregunta ¿Quién es nuestro prójimo? Y lo hace con una experiencia de vida: en la necesidad, la ayuda suele venir, precisamente, de donde no se espera, de quien ni imaginamos. Con frecuencia son los amigos, los compañeros, incluso los familiares, quienes nos abandonan y olvidan en la necesidad. Ante ello se nos invita a poner en práctica una actitud: derribar el muro de los prejuicios, miedos y resistencias que nos impiden atender al que nos necesita. La parábola no presenta una buena imagen del sacerdote ni del levita, para subrayar el contraste entre ellos y el samaritano bueno. Solo la caridad, el amor de Dios, consigue hacer de un enemigo, un prójimo.

Martes 9 de octubre de 2012

- Gal 1, 13-24
 - Sal 138
 - Lc 10, 38-42
- María... escuchaba; Marta... muy afanada*
Marta acierta al concebir el “servicio” como tarea esencial, pero se equivoca en entenderlo como una suma de acciones encaminadas a responder a necesidades inmediatas de la hospitalidad. María, por el contrario, en su aparente falta de colaboración a las tareas, llega a captar el sentido más profundo del servicio. La comparación entre las dos hermanas tiende a resaltar el valor de la actitud de María. La afirmación “una sola cosa es necesaria” es fundamental en la enseñanza de Jesús. La “sola cosa” es, indudablemente, escucharle, para entrar en comunión con Él. Ello exige jerarquizar actividades y centrarse en escuchar la Palabra como actitud de servicio al Reino sin olvidar al Rey.

Miércoles 10 de octubre de 2012

- Gal 2, 1-2.7-14
 - Sal 116
 - Lc 11, 1-4
- Padre nuestro*
Lc relata el Padrenuestro en su forma abreviada y Mateo en la forma que usamos (Mt 6, 9-13). Es muy raro que no aparezca ni en el segundo ni en el cuarto evangelio. La verdad sustancial de la oración de Jesús está contenida en la palabra “Padre”. No creemos sólo en Dios, sino en Dios Padre. Las 7 peticiones aparecen en dos grupos. El primero de ellos se caracteriza por la repetición de la palabra “tu” (tu Nombre, tu Reino, tu voluntad), y el segundo por la repetición del pronombre “nos” (danos, perdónanos, líbranos). De ahí no podemos concluir que una parte del Padrenuestro esté consagrada a los intereses de Dios y la otra a nuestros intereses. Desde la encarnación es evidente que la causa de Dios es también nuestra causa.

Jueves 11 de octubre de 2012

- Gal 3, 1-5
 - Sal (Lc 1, 69-75)
 - Lc 11, 5-13
- Pedid, buscad, llamad*
Siguiendo con la oración, hoy nos propone Jesús dos pequeños ejemplos: el del amigo impertinente y el del padre ante las peticiones de su hijo. Con ambos, nos asegura que Dios atenderá nuestra oración. Si lo hace uno con el pesado de su amigo, y si lo hace el padre con su hijo, ¿cuánto más no hará Dios con quien le pide algo! Lc introduce una variante expresiva: “Vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo...”. Nos concederá lo mejor, no necesariamente lo que nosotros pedimos, que suele ser parcial. Además, Jesús nos invita a perseverar en la oración asegurando que Dios siempre escucha. No sabemos cómo cumplirá Dios nuestras peticiones; lo que sí sabemos es que nos escucha como un Padre a sus hijos. Nos lo asevera Jesús.

Viernes 12 de octubre de 2012

- Gal 3, 7-14
 - Sal 110
 - Lc 11, 15-26
- Quien no está conmigo, está contra mí*
Todo reino dividido va a la ruina. La historia, que confirma esta sentencia, es el reflejo de lo que ocurre en el espíritu humano. Se repite el hecho de esa interna división, confesada por san Pablo: "... no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero..." (cf. Rom 7, 18-23). ¿Se puede vencer esta división? Si se puede. Toda persona puede superar su inclinación a la división interior y convertirse así en causa de unificación del mundo. ¿Cómo conseguirlo? Cuidando bien de lo que llena el propio corazón. Viviendo centrado. O lo que es lo mismo: "Estando con él". Mucha gente antes de morir, confiesa con profunda tristeza que ha empleado mucho tiempo de su vida en cosas inútiles,... porque no estaban con Él, sino lejos.

Sábado 13 de octubre de 2012

- Gal 3, 22-29
 - Sal 104
 - Lc 11, 27-28
- ¡Dichosos los que escuchan la Palabra y la cumplen!*
Antes de nada, resaltemos la dignidad de la mujer. Su signo es más que un vientre y unos pechos, más que sexo. Ella no se reduce a biología. La mujer es, ante todo, persona y, por lo tanto, su bienaventuranza es, como la del hombre: vivir el don de gracia de Dios Padre y traducirlo en una forma de conducta.
En su evangelio Lc muestra que María, la madre de Jesús, es un modelo de fe porque ella, como nadie, escuchó la Palabra, la aceptó y la engendró en su seno. Su consciencia y su libertad creyentes constituyen la razón de su bienaventuranza. La alabanza que Jesús hace ante esta atrevida mujer le alcanza a ella como a nadie. Y no se limita al seno y a los pechos, sino que abarca toda su persona. Y ella le sirvió como hija.

Domingo 14 de octubre de 2012. XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario

- Sab 7, 7-11
 - Sal 89
 - Heb 4, 12-13
 - Mc 10, 17-30
- Vende lo que tienes y sígueme*
El evangelio nos presenta el caso del joven rico a quien Jesús propone: "Anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres y sígueme". Llamada a desprenderse, a vivir totalmente en manos de Dios, sin fiarse de nada más y a seguir a Jesús.
Esta llamada es para todos. Parece difícil, pero Jesús nos indica de que "Dios lo puede todo". No es una llamada a los más "buenos", ya que sólo Él es bueno; ni hay que responderla con voluntarismo, porque El se hace camino y fuerza para el camino.
Pero hay que responder. Y eso sí depende de cada uno. Y la opción ha de ser clara, ya que querer tener un pie en cada camino lleva a la infelicidad: "Él frunció el ceño y se marchó pesaroso".

Lunes 15 de octubre de 2012. Memoria de santa Teresa de Jesús

- Gal 4, 22-24 ...
 - Sal 112
 - Lc 11, 29-32
- La señal de Jonás*
La vida cotidiana está llena de señales: un anuncio, la luz de un semáforo, un aplauso, la sirena de una ambulancia... La comunicación tiene lugar por signos. Dios Padre se ha revelado también por signos. Nos lo dice la Biblia. ¿Qué delito hay en que los judíos pidieran una señal a Jesús? La perversión no está en pedirla, sino en exigir evidencias y no aceptar que Dios actúa a su manera. Le entendemos mirando hacia atrás y descubriendo, con sorpresa y agradecimiento, que en cada momento siempre ha habido Alguien que nos ha llevado de la mano en medio de las dificultades. Esa es la gran señal. La que da Dios a través de Jesús.

Martes 16 de octubre de 2012

- Gal 5, 1-6
 - Sal 118
 - Lc 11, 37-41
- Limosna de lo de dentro*
Jamás se ha valorado tanto la higiene como ahora. Si nos lavamos antes de comer para no ingerir miasmas perjudiciales, deberíamos cuidar más aún de lo que nos entra a través de los sentidos. No todo lo que pensamos o miramos nos hace bien. Hemos de vigilar esas ventanas abiertas por donde nos comunicamos con el mundo. Las religiones muestran con el lavado ritual la necesidad de purificación. Nuestros sacramentos son también "higiénicos". Un buen hijo de Dios sabe encontrar la forma de cuidar su aseo interior y, en caso de contaminación, sabe recurrir a la terapia que la Iglesia ofrece. Así puede "dar limosna de lo de dentro": darse a sí mismo, su tiempo, su interés; darse desde dentro, con el corazón, y no sólo con la apariencia exterior.

Miércoles 17 de octubre de 2012. Memoria de san Ignacio de Antioquía

- Gal 5, 18-25
 - Sal 1
 - Lc 11, 42-46
- Los asientos de honor*
En general, las personas no buscan los primeros puestos en ciertos sitios. En la iglesia se sientan en los últimos bancos y en los rincones más escondidos. Es un poco decepcionante, porque un cristiano no debería avergonzarse de la propia fe, sino que debería expresarla públicamente, aunque ello le acarree pequeñas molestias y humillaciones. Y, sin embargo, Cristo invita a rezar al Padre en lo secreto. ¿Es una contradicción? No. La vida cristiana no excluye la profesión de fe común de la liturgia ni la oración privada que es encuentro personal con Dios. Hemos de frecuentar y cuidar de ambas. Porque mutuamente se condicionan para bien o para mal.

Jueves 18 de octubre de 2012. Fiesta de san Lucas. Evangelista

- 2 Tim 4, 9-17a
 - Sal 97
 - Lc 10, 1-9
- La mies es abundante*
Hay abundancia de mies. Hay mucha gente buena en el mundo que no conoce la buena nueva. ¿Se salvarán? Dios, en efecto, quiere salvar a todos (1 Tm 2,4) y, por tanto, encontrará una vía misteriosa para llegar a todos. Entonces, ¿qué necesidad hay de misioneros? ¿por qué hay que pedir obreros, si Dios se puede valer por sí mismo para redimir? La respuesta nos viene observando la forma de proceder de Jesús. El no salva sin colaboradores. El no trabaja sin Iglesia. Siempre socializó su misión y sigue haciéndolo hoy como lo hizo siempre. Por ello, por las venas de todo bautizado corre sangre apostólica y misionera, que sólo la oración es capaz de bombear hacia toda la humanidad.

Viernes 19 de octubre de 2012

- Ef 1, 11-14
 - Sal 32
 - Lc 12,1-7
- Ser fermento bueno*
Todos somos levadura: buena o mala. Nuestra vida no deja indiferentes a los que nos rodean. Influye para bien o para mal. Podemos ser “levadura de los fariseos”, virus perverso que inculca vanidad, sensualidad, superficialidad, materialismo, odio, etc. Estamos llamados a ser, por el contrario, buen fermento que contagie valores, esperanza, paz, amabilidad, buen humor. Ser fermento bueno en medio del mundo trae dificultades. Jesús ya nos lo avisa y nos da motivo para no perder los ánimos: Que Dios no se olvida de nosotros. Si Él cuida de aves y flores, y “tiene contados los cabellos de nuestra cabeza”, con su ayuda no hemos de temer ni a los que matan el cuerpo... pues ni de uno solo de sus buenos hijos se olvida El.

Sábado 20 de octubre de 2012

- Ef 1, 15-23
 - Sal 8
 - Lc 12, 8-12
- Avisos para tiempos de persecución*
Tres frases de Jesús constituyen la trama del evangelio de hoy. Jesús da sus recomendaciones referidas al testimonio que el creyente debe exhibir en un contexto adverso de persecuciones: “Si uno se pone de mi parte... Si uno reniega de mí... El que habla contra el Hijo...”. El dato más llamativo se refiere a la blasfemia contra el Espíritu Santo que no será perdonada. ¿De qué trata ese pecado? Es el rechazo consciente y definitivo de Cristo, como palabra definitiva el Padre. Aunque no hay obligación de exponerse innecesariamente al peligro, no podemos renegar de nuestra fe. El mejor método de confesar la fe sigue siendo el buen ejemplo. La virtud es la mejor confesión.

Domingo 21 de octubre de 2012. XXIX Domingo del Tiempo Ordinario

- Is 53-10-11
 - Sal 32
 - Heb 4, 14-16
 - Mc 10, 35-45
- El que quiera ser grande, sea vuestro servidor*
Jesús contraponen la actitud cristiana frente a la actitud del “mundo”, que es la que, al fin y al cabo, tenían los discípulos. Santiago y Juan imaginaban que seguir al Maestro era un privilegio. Debían entretregarse, ciertamente hasta el sacrificio, pero se situarían por encima de los demás. Jesús les rompe el esquema. Les aclara que lo único que hay que desear es el servicio. Y no para buscar reconocimiento o prestigio, sino para amar. El propio Jesús les manifiesta que el sentido de su vida y de su muerte fue un servicio, una entrega personal de amor. Y por esa entrega plena hemos sido arrebatados del poder del mal. Unidos a Él, y siguiendo su camino, nosotros también alcanzamos la vida en plenitud.

Lunes 22 de octubre de 2012

- Ef 2, 1-10
- Sal 99
- Lc 12, 13-21

La levedad de la codicia

El ahorro, no la codicia, es una virtud recomendable. Pero no es una absoluta seguridad. Todas las seguridades humanas tienen límites: el dinero en el banco, la cosecha en los campos, la salud del cuerpo, el fondo de pensión... Todo puede perderse en una crisis económica o política. O por decrepitud natural. La única seguridad verdadera es la Providencia de Dios. Quien se abandona a ella sabe conjugar adecuadamente su "hoy", porque debe afanarse por la subsistencia, con su "después" sabiendo que nadie lleva sus bienes al más allá. Para la eternidad solo vale una moneda: la caridad. Por ello, es letal engañarse acumulando tesoros para sí y no vivir la caridad. Hay que intentar lo más pronto posible cambiar los bienes por esa única moneda canjeable en el más allá.

Martes 23 de octubre de 2012

- Ef 2, 12-22
- Sal 84
- Lc 12, 35-38

Ceñida la cintura y encendidas las lámparas

El hilo conductor de las tres parábolas de la liturgia de hoy y de mañana es la noche, dominada por la espera del alba y por la llegada de la liberación. Hoy leemos la primera parábola, que recuerda el Éxodo. Se nos invita a vivir atentos. No es concebible la actitud indiferente, distraída o, peor aún, disipada o negativa. Cuando no hay una emergencia, los bomberos pueden permitirse una siesta, pero completamente vestidos y con los camiones preparados para salir. El evangelio insiste en una preparación parecida. La velocidad de movimiento es una virtud ante lo repentino. Muchas cosas se pueden prevenir, excepto la hora de la muerte. Que cuando al final llegue el Señor celebremos con Él la fiesta de la vida.

Miércoles 24 de octubre de 2012. Solemnidad de san Antonio María Claret

- Ef 2, 12-22
- Sal 84
- Lc 12, 35-38

Id a todo el mundo y predicad el evangelio

La Iglesia tiene una misión heredada de Jesús: Predicar el evangelio a todo el mundo. Y puede continuarla hasta el día de hoy porque jamás le ha faltado el Espíritu Santo que la capacita y empuja. En esta fiesta de san Antonio Ma. Claret, la liturgia propone el texto del envío final de los apóstoles por parte de Jesús. Claret fue ante todo y siempre un apóstol. Ser «misionero» fue la razón última de su vida. Como los apóstoles, fue enviado y en su vida palpó lo que Dios hace en quien se abandona en sus manos como instrumento. El Señor que envió a Claret, nos envía a nosotros. Confiamos en que Él nos asistirá con su fuerza que nos alcanza y transforma los corazones humanos.

Jueves 25 de octubre de 2012

- Ef 3, 14-21
- Sal 32
- Lc 12, 49-53

El fuego en la tierra

Del fuego, considerado como uno de los cuatro elementos, habla hoy Jesús. El fuego es peligroso: no podemos acercarnos a él sin riesgo. El fuego es un signo de la inaccesibilidad de Dios, denominado por la Biblia "fuego devorador" (Dt 4,24). Jesús nunca se presentó como inofensivo y neutro. Su vida acarreó lucha y división. Pasa por un bautismo de muerte y de resurrección, que deberá repetir el discípulo; desea encender un fuego purificador, que debe transformar también al seguidor; trae consigo división y escándalo, que salpicará a sus amigos. El fuego que trae Jesús es su Espíritu de amor, que ilumina la mente, calienta y purifica el corazón. Para abrasar por donde se pase, primero hay que arder en ese fuego.

Viernes 26 de octubre de 2012

- Ef 4, 1-6
- Sal 23
- Lc 12, 54-59

Interpretar el tiempo presente

En el mundo rural es muy valiosa la habilidad para hacer previsiones meteorológicas. En la vida hay otras previsiones más importantes y decisivas que discernir. No están escritas en las estrellas ni en las nubes, sino en la historia con sus cambiantes exigencias específicas. Existen señales que nos transmiten el sentido más hondo de nuestro tiempo. El signo mayor es Jesús, Palabra del Padre que ayuda a valorar, decidirse, juzgar y elegir el camino mejor del Reino que El nos trae. La pequeña parábola que cierra el evangelio subraya la importancia de la caridad fraterna. El amor que trae Cristo es criterio definitivo para interpretar adecuadamente los acontecimientos y activar actitudes.

Sábado 27 de octubre de 2012

- Ef 4, 7-16
 - Sal 121
 - Lc 13, 1-9
- Si no os convertís...*
Lc usa en el evangelio de hoy la crónica y la parábola. Dos trágicos episodios: una represión brutal de la policía romana y un accidente mortal provocado por la caída de una torre. Jesús rechaza alinearse entre los que señalan que esas desgracias son castigo de Dios. Normalmente, en toda desgracia, natural o causada, se busca un culpable a quien se le piden cuentas. Pero hay las causas más profundas del mal y están en el pecado instalado en el corazón del hombre. Por ello, Jesús invita a la conversión. Son muchos los que se quejan de que el mal depende de la maldad de los hombres. Pero son pocos los que se atreven a orar: “Señor, soy pecador; pero no castigues al mundo por mi pecado”.

Domingo 28 de octubre de 2012. Domingo XXX del Tiempo Ordinario

- Jer 31, 7-9
 - Sal 125
 - Heb 5, 1-6
 - Mc 10, 46-52
- ¿Qué quieres que haga por ti?*
El relato de la curación del ciego sintetiza la obra de Jesucristo y la actitud del discípulo hacia él. Los gritos del ciego contrastan con el misterio con que el evangelio envuelve la figura del Maestro: ¡sólo los demonios llamaban, habitualmente, con títulos mesiánicos a Jesús! Aquí, en cambio, el ciego le reconoce sin ninguna ambigüedad y suplica su compasión. Frente a sus acompañantes, que mandan callar al ciego, Jesús le pregunta: “¿Qué quieres que haga por ti?”. La curación es explicitada de manera muy sintética. No se producen las habituales reacciones admirativas de los asistentes. Más que a la curación, el evangelista parece presentar la actitud del hombre curado como paradigma de creyente: el creyente “ve” gracias a la palabra de Jesucristo y le “sigue por el camino” (que significa la vida cristiana).

Lunes 29 de octubre de 2012

- Ef 2, 19-22
 - Sal 1
 - Lc 6, 12-19
- El respeto del sábado*
En el esquema narrativo de los evangelios es frecuente encontrar juntos la curación y la controversia. En el episodio de hoy, Jesús cura a una mujer en sábado y ello le acarrea una durísima crítica por parte del jefe de la sinagoga. Pero defiende su comportamiento recurriendo a un argumento “ad hominem”: Si en sábado se puede abreviar al buey o al asno sin violar la ley del reposo, ¿no será más permisible liberar a una mujer enferma durante tanto tiempo? El relato transpira una atmósfera profética. La verdadera celebración del sábado no puede reducirse a un culto sacral rígido, sino que comporta elegir lo que agrada a Dios. Y a Él le agrada sobre todo la misericordia, más que el sacrificio.

Martes 30 de octubre de 2012

- Ef 5, 21-33
 - Sal 127
 - Lc 13, 18-21
- Semilla y levadura*
La célebre pareja de parábolas que hoy presenta Lc tienen como objetivo presentar el Reino, tema obligado de la predicación de Jesús. La semilla expresa sobre todo la fuerza interior del Reino. Un árbol no es fuerte por las muchas aves que aniden en sus ramas sino por sus raíces profundas y su tronco robusto para resistir vientos y tempestades. La levadura muestra su capacidad de transformar el mundo e invertir los valores. El evangelio no cambia la cultura de un pueblo sustituyéndola por otra, sino que la valora y lleva a plenitud. No hemos de presumir de nuestras fuerzas ni imponerlas. Dedicémonos a llevar dentro y a sembrar la buena semilla del Reino. Él transforma solo, como el sol, que broncea solo.

Miércoles 31 de octubre de 2012

- Ef 6, 1-9
 - Sal 144
 - Lc 13, 22-30
- La puerta estrecha*
La pregunta sobre el número de los que al final van a salvarse recibe de Jesús una respuesta precisa a través de la pequeña parábola de la puerta estrecha. En la búsqueda del Reino es imprescindible el esfuerzo personal. No basta el mero deseo. Pasar por la aduana de la puerta estrecha es la exigida señal de reconocimiento y de pertenencia de quienes aspiran a ser verdaderos amigos de Cristo. Pasar por ella es como aprender una lengua extranjera. No es fácil ni rápido. Quien quiere empezar a hablarla no debe cambiar sólo el lenguaje, sino también la forma de pensar, aunque cueste mucho. La vida en Cristo es como una calle en cuesta, fatigosa. Las dificultades son las que hacen adquirir la estatura necesaria para pasar por esa extraña puerta.

5. Textos para profundizar

Anexo I: Sobre “demonios” y “ángeles”

En tu discernimiento de la oración te podrán servir estos criterios orientativos. Son indicadores, no normas. Puedes leerlos y después señalar aquellos 4 o 5 que te identifiquen. Sobre ello habla con el acompañante espiritual. Puede ser una buena ocasión para repasar cómo realizas tu “lectio divina” y si se ha incorporado en ella algún “demonio” que la fatiga o desvía.

“Demonios”

- Oras por imperativo, por obligación, por mera exigencia de normas a cumplir.
- Oras rutinariamente, sin aliento... y de antemano no esperas nada porque sabes lo que sucederá.
- No te preparas nada, o preparas sólo lo material.
- No incluyes tu propia vida en tu oración. No sabes cómo hacerlo.
- Te preocupas de tener muchas ideas en la oración. Te interesa mucho lo novedoso.
- Prefieres materias nuevas, diversas. Te fatiga la repetición.
- Oras leyendo y usas varios libros.
- Abusas de palabrería, oral o escrita.
- Sobre todo discurre y razonas, al orar.
- Tienes conciencia de que eres tú el protagonista, el que hace.
- El objetivo es la eficacia.
- Tu oración se inclina a planificar obras, a tomar decisiones.
- Tu oración te hace sentirte con méritos.
- Crees que los propósitos: “haré..., me comprometo a”, son el objetivo principal de tu oración.
- Eres rígido en los métodos, haciéndote dependiente de ellos.
- Ansías quedar satisfecho del trabajo hecho.

“Ángeles”

- Oras porque lo quieres y deseas, porque hay algo dentro que te mueve a orar.
- Esperas una sorpresa... cuando Dios lo quiera. Él trae lo siempre antiguo y siempre nuevo.
- Te preparas al orar. Cuidas tu clima interno y tu actitud vigilante al ir a orar.
- Siempre partes de tu vida y tratas de volver a ella. La experiencia se convierte en tu maestra de oración.
- No te preocupan tanto las ideas, que deben ser pocas y sencillas, sino más bien el sentir y gustar internamente, el saborear.
- Buscas ahondar y confirmar. Por eso, la repetición tiene su importancia en tu oración.
- Al orar, lees la Biblia.
- Sabes entrar en el silencio.
- Buscas sentir, experimentar, vivir.
- Te experimentas recibiendo. Vives la oración en una “activa pasividad”.
- El motivo es la esperanza.
- Tu oración busca dar fruto.
- Orando encuentras en ti sólo gratuidad.
- Sabes, por experiencia, que sólo puedes atreverte a darte permiso para cambiar: “Hágase...”.
- Eres flexible en las formas y fiel en el fondo.
- Experimentas el gozo porque “era el Señor...”.

contenidos



1. Introducción

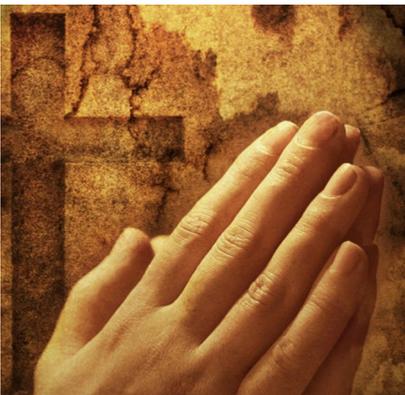
3



2. Reflexión

6

- Idea mínima sobre la oración
- La oración de Jesús
- La oración de María. María del “Patris Mei”
- La oración de la Iglesia: la liturgia
- La oración del P. Claret
- Cómo orar hoy en la vida cotidiana
- Ángeles de la oración
- El examen (cf. CC 37)
- La oración apostólica del P. Claret
- Diferentes tipos de oración en nuestra vida misionera



3. Sugerencias para la reunión comunitaria

27



4. Pistas para la “lectio divina”

28



5. Textos para profundizar

34

- Sobre “demonios” y “ángeles”

La Fragua en la Vida Cotidiana

PATRIS MEI - 2012

“

Oh Dios y Padre mío, haced que os conozca y que os haga conocer; que os ame y os haga amar; que os sirva y os haga servir; que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas” (Claret)